Pascual alba

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

LOS SECUESTRADORES DE ANDALUCÍA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO.

MADRID.

OFICINAS: PEZ, 40. 2.°

1871.

LOS SECUESTRADORES DE ANDALUCIA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO,

ORIGINAL DE

D. PASCUAL ALBA.

Estrenado con general aplauso en el teatro de Rioja de Sevilla, la noche del 23 de julio de 1871.

SEVILLA.

Imprenta de D. Salvador Acuña.—Colon, 26.
1871.

A LA SEÑORA DOÑA ENRIQUETA LIRON

Y AL

SR. D. JOSÉ MATA,

dedícales este drama, como una débil muestra de gratitud,

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.	Doña Amparo Peñaranda.
MARIA.	» Amparo Gonzalez.
CARLOS.	Don Cárlos Barrilaro.
MARQUÉS DE VALLE-AMENO.	» Pascual Alba.
NOTARIO.	» Manuel Garrido.
MALA-CARA.	» Francisco Riera.
D. JUAN.	» José Roldan.
CANINO.	» Genaro Venega.
MANCO.	» José Lobo.
PAMPLI.	Sr. Acosta.
ALCAIDE.	N. N.
TESTIGO 1.º.	N. N.
TESTIGO 2.º.	N. N.
CRIADO.	N. N.
UNA NIÑA (que no habla.)	

CADA ACTO TIENE SU TITULO PARTICULAR.

Prólogo. El matrimonio forzado.—1.º El Barranco.—2.º El pagaré.—3.º La prision.—4.º Castigo del culpable y premio á la virtud.

PRÓLOGO.

Gabinete elegante: Puerta al foro y laterales, de las cuales la de la derecha del actor conduce al aposento de Luisa, y la de la izquierda al jardin. En primer término, á ambos lados, dos veladores, con recado de escribir en uno de ellos. Panoplias con toda clase de armas á derecha é izquierda de la puerta del foro. Completan la escena, sofá, butacas y otros muebles de lujo.

ESCENA I.

LUISA *(aparece sentada.)*

LUISA. ¡Cuánto tarda! Si por desgracia no le encontrára... si no pudiera saber esta noche Cárlos la terrible disposicion de mi padre... ¡ella es! María...!

ESCENA II.

LUISA *y* MARIA, *que sale por la puerta del foro.*

MARIA. Señorita...
LUISA. ¿Has hablado con él?
MARIA. Sí señora.
LUISA. ¿Qué te ha dicho?
MARIA. Que no faltará: y para ello le he dado la llave del jardin.
LUISA. Dios lo quiera. Retírate. (*Váse María por la puerta del fondo.*) Si supiera mi padre... ¡Ah! no quiero pensarlo! ¡Pobre de mí! ¡Cuán desgraciada soy! ¡No me atrevo á quejarme, y sin em-

bargo, saltan á mis ojos las lágrimas como las gotas de agua ruedan fuera del vaso que es pequeño á contenerlas. Un ¡ay! comprimido exhala mi pecho, y todo cuanto me rodea es negro, negro como la muerte! ¡Pobre hija mia! ¿Qué será de tí cuando mañana busques un nombre que el destino me niega darte...? ¿Qué haré? ¡He de ser mala hija ó mala madre...?

ESCENA III.

LUISA Y MARIA, *(saliendo por el foro.)*

MARIA. Señorita, acaba de llegar el marqués, lo ha recibido su padre de usted, y es posible venga aquí á presentarle como su futuro esposo.

LUISA. ¡Ampárame. Señor! ¡Tú solo puedes abrir un camino á esta desdichada!

MARIA. Efectivamente, aquí viene D. Juan.

ESCENA IV.

LUISA Y D. JUAN, *(que sale por el foro.—María vase por el mismo.—D Juan toma asiento y despues de una breve pausa, en la que procura evidenciarse de la tristeza de Luisa, dice:)*

JUAN. Hija mia: llegó el momento solemne de que tomes estado. Ya te lo dije anoche: los negocios del hombre han distraido varias veces, mas de lo que quizás hubiera querido, mis deberes de padre. Lo conozco. No ignoro que habrás pasado algunas horas de soledad y tristeza desde la muerte de tu madre. Tres años mortales, sola, entregada á tí misma, en la flor de tu juventud, son un martirio, que yo quiero compensar dándote la mano del jóven aristócrata D. Víctor Ceballos, marqués de Valle-Ameno. La ocasion es propicia. Jóvenes como el marqués, digno por todos conceptos del aprecio general, con un esclarecido nombre, que tú procurarás guardar, no son patrimonio que ordinariamente todas las mugeres alcalzan: dime, ¿no te sientes orgullosa de mi determinacion, alegre con el porvenir que á tus ojos presento?

LUISA. ¡Padre mio! yo agradezco mucho el interés paternal que á usted guia. Pero...

JUAN. (¡Qué..!)

LUISA. (Si pudiera ganar tiempo...) No me atrevo á desobedecer á usted, no padre mio; su mandato es sagrado para mí. Pero yo quisiera que no fuera tan precipitada mi boda: ¿cómo he de querer al hombre á quien tan inusitadamente usted me entrega?

JUAN. El trato, hija mia, engendra el cariño: en cuanto á lo de aplazar tu boda, es imposible Mi palabra está empeñada, y por nada faltaria á ella: hoy se firman los contratos, y mañana darás tu mano al marqués.

LUISA. ¡Padre mio....!

JUAN. ¡Basta! Es mi determinacion: solo tu bien es lo que me guia...

LUISA. ¿Pero no comprende usted...?

JUAN. ¡Silencio! Veo que olvidas tus deberes de hija cuando debias aprender ya los de esposa. El marqués está esperando; voy á presentarle su prometida y en llegando el notario y los testigos se firmarán los contratos. ¡Es mi voluntad!

LUISA. ¡Por mi madre! ¡padre mio!

JUAN. Enjuga esas lágrimas; no conviene que el marqués crea... *Vase por el foro.*)

ESCENA V.

LUISA, *y poco despues* D. JUAN *y el* MARQUÉS.

LUISA. ¿Y he de sufrir resignada el sacrificio? ¡Si fuera sola yo la víctima...! ¿Pero y mi hija... mi pobre hija, qué culpa tiene? No puedo serlo, no seré tan cruel con ella y conmigo misma.

MAR. (*A D Juan, en la puerta*). La impaciencia me devoraba: este es el momento mas feliz de mi vidà.

JUAN. (*Al marqués.*) Allí está. (*Bajando á donde está Luisa.*) Hija mia, te presento al marqués de Valle-Ameno, tu futuro esposo, que ha tenido á bien honrar esta casa con motivo de firmarse hoy los contratos.

MAR. La honra es mia.

LUISA. Agradezco en el alma, señor marqués....

MAR. Yo soy el que debe agradecer la bondad de ustedes, pues al entrar en esta casa me depara mi buena suerte un padre en el de usted y un ángel por esposa en la señorita Luisa.

LUISA. Por Dios, marqués....

MAR. ¡Bendita mi buena estrella que me hizo conocer á

usted! Un mes escaso ha pasado desde entonces, y no hay lengua humana capaz á describir una pasion que si súbita se arraigó en mi pecho, es tan grande cuanto temprana es.

JUAN. Señor marques, asuntos que requieren mi presencia, concernientes á la dote de mi hija, me llaman algunos momentos. Sírvase usted acompañar à Luisa en mi ausencia, con lo que daremos tiempo á la venida del notario y los testigos. El jardin es un sitio delicioso y convida con el aroma de sus flores. Adios, Luisa: marques, hasta luego.

ESCENA VI.

LUISA Y EL MARQUÉS.

MAR. (*Observando á Luisa, y aparte.*) Esa sonrisa que àsoma forzadamente á sus lábios es ficticia...? Veámoslo. Sus riquezas serán mias mañana: vamos á ver si tambien será mio su corazon.

LUISA. (¡Qué tormento! ¡cuándo acabará este martirio!

MAR. Luisa... ¿tendria usted la bondad de decirme si la causo enojo...?

LUISA. No tal marqués....

MAR. ¿Está usted enferma...? Cubre su semblante cierta palidez... Luisa, cualquier observador que penetrára por esa puerta, á quien no constára mi galantería con las damas, que no supiera cuánto es el afecto que la profeso, sospecharia que me tenia usted miedo....

LUISA. (¡Ah!)

MAR. Y en honor de la verdad, señorita, que yo nunca he asustado al bello sexo! (La he de poner entre la espada y la pared.)

LUISA. ¡Qué fátuo! ¡Qué presuntuoso! Y este es el hombre que me ha de hacer feliz... ¡qué sarcasmo!)

MAR. (¡Vive Dios! Pues ese silencio no es mas que el producto de una ficcion estudiada de antemano. Yo la he de hacer saltar.) Me canso inútilmente, y ya ha picado Vd., encantadora Luisa, mi amor propio; no la ofenderé con mi presencia, porque acostumbro, cuando estoy de más, retirarme... (*Ademan de marcharse.*)

LUISA. No, marqués, no juzgue usted ofensa, mi turbacion, mi cortedad...

MAR. (Ya es mia.)

LUISA. Además, estoy levemente indispuesta... (Quiero llorar sola!) Permítame, pues, que sea yo la que me retire...

MAR. (¡Qué escucho!)

LUISA. Pero siéntese, siéntese usted, marqués; con su permiso. *(Al marcharse toca el timbre. El marqués queda confundido, mirando la puerta por donde desaparece Luisa. María en la puerta del foro.)*

ESCENA VII.

EL MARQUÉS Y MARIA.

MAR. ¡Ah!

MARIA. ¿Llamaba la señorita?

MAR. El despecho me ahoga; verme así burlado por esa muger...!

MARIA. *(Bajando.)* ¿Llamaba la señorita?

MAR. *(Sin oirla.)* Cuando yo creia haberme apoderado de sus sentimientos...! Y no hay duda esa muger ama á otro... ¡Yo, despreciado... jamás!

MARIA. Decia... que si la señorita... ¡Jesus, qué cara pone usted!

MAR. (Torpe de mí. que no sé disimular...! Ingeniémonos.) ¡Hola, bella Maritornes!

MARIA. Mari... qué?

MAR. Maritornes.

MARIA. No, señor, yo soy María.

MAR. Maria.... ¡Justo! La doncella de la casa.

MARIA. Tampoco, señor, no soy doncella; soy la costurera.

MAR. ¡Bravo! ¿Y en qué te puedo servir, buena moza?

MARIA. Venia á saber si la señorita habia llamado.

MAR. Efectivamente. Allí la tienes en su habitacion. *Maria intenta marcharse hácia la puerta derecha.)*—Oye: me debes algo...

MARIA. ¿Yo...?

MAR. Te he servido, y...

MARIA. ¡Ay, qué gracia! Pídame usted lo que quiera, menos dinero.

MAR. Aceptado. Quiero me digas...,

MARIA. Pero... mi señorita es primero, si quiere usted.

MAR. Por supuesto.

MARIA. *(Aparte y marchándose.)* Te veo de venir.—Con el permiso de usted.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.

MAR. Ya es mia.—No hay que dudarlo; aquí se encierra un misterio, y hay que hacerse dueño de él. Si logro mi deseo, con su secreto serán mias, de grado ó por fuerza, su dote y su mano, y entonces me vengarà su orgullo herido. Por otra parte, D. Juan me ha dado su palabra; hoy se firman los contratos, y ni es hombre que cede ni menos se atreveria á dar un escándalo, con el que yo nada podria perder. ¡Perder! ¿Qué puedo yo perder á no ser mis pergaminos...? Nada, es cuestion de vida ó muerte: solo me falta....

MARIA. Aquí me tiene usted.

ESCENA IX.

EL MARQUÉS Y MARIA.

MAR. Asi me gustas: ¡qué lista y qué puntual eres...!

MARIA. Al grano, señor marques... ¿quiere usted?

MAR. Bien.

MARIA. Pues vaya usted diciendo, si le parece.

MAR. En primer lugar, ¿qué tiene tu señorita?

MARIA. Ella dice que un ataque de nervios...

MAR. ¡Bravo! Y es fuerte, es fuerte?

MARIA. (¡Ay qué guasa!) Ya le pasó.

MAR. Yo me alegro.

MARIA. ¿No manda usted nada mas?

MAR. Y dime, ¿son muy frecuentes esos ataques?

MARIA. ¿Los de los nervios?

MAR. ¿Pues cuáles habian de ser, marisabidilla?

MARIA. Marisabi... ¿qué...? (Este señor le pone siempre unos remiendos á mi nombre...)

MAR. Decia, pues, que si eran muy frecuentes esos ataques...

MARIA. ¡Ay! pues miste, no lo sé... como no soy médico, ni pulso á la señorita....

MAR. A propósito, ya habrá por ahí alguno que la....

MARIA. ¿Que la pulse? Jurára que lo que es el pulso no se lo toman á mi señorita...

MAR. ¿No, verdad...?—¡Bendito sea Dios, y qué gracia tienes!

MARIA. (¡Vuelta con las pamplinas!) Conque...
MAR. ¿Te vas?
MARIA. Si no me dá usted nada... mas que flores y flores...
MAR. (O es muy pícara ó muy tonta.) Oye muger, no tengas prisa.
MARIA. Pos miste qué casualidad: la tengo, y mucha. Aunque la ropa de la señorita está preparada para la «funcion» de mañana, siempre hay donde meter la aguja.
MAR. ¿Y qué te parece tu nuevo señorito...?
MARIA. ¡Psh! Así... así...
MAR. Toma. *(Dándole una moneda.)*
MARIA. Tantas gracias. (Del lobo un pelo.)
MAR. ¿Hace mucho qus coses en la casa?
MARIA. Tres años: desde que murió la mamá de la señorita: entré á coser los lutos y me tomaron tanto cariño... Por otra parte, la señorita estaba llorando siempre, siempre llorando: pasaba el dia sola, la noche sola; á D. Juan no le veíamos nunca el pelo, y á mí me daba una lástima de la señorita Luisa... Yo procuraba distraerla... Así es que la pobrecita no sabia pasar sin mí. Un dia me dijo: «Supuesto que no tienes padres ni parientes en el mundo, ¿por qué no te vienes á esta casa, y te querré como una hermana? Miste què mas podia esperar, yo, que era huérfana de todo en la tierra, que por caridad me tuvieron cinco años en el Asilo, del que me sacó una modista que habia conocido á mis pobrecitos padres. la que tambien murió apenas supe gobernar por mí sola una prenda... ¿cómo no habia de aceptar contenta el ofrecimiento, si me sacaba de la miseria y me tendia los brazos de hermana? ¡Pobre señorita mia, cuánto la quiero y qué desgraciada es..!
MAR. (¡Ah!) ¿Desgraciada?
MARIA. (¡Ay, que se me escapó!) Pues... sí señor. ¿No lo es la muger que se encuentra privada del cariño de sus padres? Dígamelo usted á mí que lo he pasado...
MAR. Pues bien, debes alegrarte ya; tu señorita Luisa va á tomar estado y á ser feliz.
MARIA. (Buena felicidad te dé Dios.)
MAR. Y si no soy bastante para ello tú me ayudarás, que no dejarás de acompañarnos tambien.
MARIA. Eso sí que no; yo tambien tengo novio, y dice el refran que «hacer lo que hacen no es pecado.»
MAR. Pero es que casada y todo, podrias seguir con nosotros.

MARIA. Pues ahí verá usted; dice mi Curro, que es todo un bendito, que para casarse, «solos, solos.» Ya se ve, como es tan corto el pobre, le teme al trato de las gentes de cierta clase. Aunque tambien es verdad que si á costa de un sacrificio pudiera salvar á mi señorita de una desgracia...

MAR. ¿Qué desgracia? (Estoy fresco.)

MARIA. *(Queriendo desorientar al marqués de lo que inadvertidamente ha dicho.)*—Es un ejemplo, un «verbo y gracia...» como ustedes dicen...

MAR. (Ira de Dios. Estas mugeres se escurren como anguilas.)

MARIA. Si á costa de mi vida la pudiera ahorrar una lágrima, parece mentira, pero me dejaria matar por no verla llorar. ¿Entendióme usted? (¡Ay, qué cara...!) Quede usted con Dios... (guasa viva...!) *(Vase por la puerta del foro.)*

ESCENA X.

EL MARQUÉS, solo.

MAR. ¿Y he de consentir tamaña burla? No. A despecho de la refinada astucia de esas dos mugeres yo he de de averiguar el secreto que tan estudiadamente encierran, prueba inequívoca de que tengo un amante de Luisa por rival. .! ¡Ay de ella si lo descubro!—Señor notario.... *(Viéndole aparecer en la puerta del foro.)*

ESCENA XI.

DICHO Y EL NOTARIO.

NOT. Beso á usted la mano, señor marqués... Creo no haberme hecho esperar...

MAR. Efectivamente. Es temprano. Salió D. Juan, y no han llegado todavía los testigos.

NOT. Mejor. Con eso echaremos un párrafo en el entretanto. Permítame usted, antes de todo, darle la enhorabuena por su eleccion. ¡Qué hermosa muger! y qué jóven! y qué rica...! ¡Gran bocado...! Para usted, cuyas rentas estaban ya en la agonía....

MAR. Cuidado, señor notario, no seamos imprudentes, las paredes oyen, y...

NOT. Tiene usted razon.—Aunque bien pensado, no veo yo aquí nada de malo: á qué estamos en el mundo mas que á buscar cada cual su conveniencia...? ¡Ah, usted no es tonto, señor marques! «El niño de oro» le llaman, pero si supieran como yo, que esos caudales de que usted dispone son los que debe entregar intactos á sus hermanos menores...

MAR. Qué puede haber de tachable en que...?

NOT. Nada.... si hay un notario que, como yo, hace la vista gorda, como dice el vulgo... Pero si van pasando meses y meses y no ve compensado ese notario el sacrificio que hace de volver la espalda á la ley....

MAR. Entiendo; ni una palabra mas. Dentro una semana, así que sea el esposo de Luisa, tendrá usted en su poder los tres mil duros prometidos.

NOT. Corriente, marques. ¿Ve usted, como nos vamos entendiendo? Si no hay cosa mas fácil ni mas sencilla que arreglar un negocio entre personas formales.—Fume usted. (*Ha sacado la petaca y ofrecido un cigarro al marqués.*)

MAR. No, no quiero ..

NOT. Usted se lo pierde. (*Encendiendo un cigarro.*) ¡Ajá! ¡Pero qué posicion tan brillante, señor marques, le espera á usted; què negocio tan redondo! Casi, casi le tengo envidia!—Y á propósito. ¿Cuando podremos liquidar aquella cuentecita.... aquellos préstamos á que dí yo la cara...? Ya se han acercado á mi escribanía los dueños de ese dinero, y francamente, son tan pesados los «ingleses...»

MAR. Sea yo mañana dueño de las riquezas de mi esposa, y liquidaremos cuanto antes... (y hasta con tu alma.)

NOT. ¿Ve usted? (*Regocijándose á medida que el marqués se impacienta.*)—No he visto hombre mas razonable.—Porque... quien paga tres mil duros al notario, y no olvida sus préstamos, algo crecidítos con los réditos, tampoco dejará de tener presente el regalito al amigo, con motivo de la fausta boda que mañana tendrá lugar. El hombre que, como usted, no es mezquino...

MAR. Lo paga con creces todo, con tal que no hable usted mas.

NOT. ¡Bravo, bravo! «Estamos al pelo,» como dicen mis paisanos.

(*Un reloj de la casa da las siete, á tiempo que entra por la puerta del foro María, trayendo dos candelabros con bugías, sin encender. El notario y el marqués no se han dado cuenta de ello.*)

MAR. (*Mirando su reloj.*) Las siete

ESCENA XII.

DICHOS Y MARIA, *dejando los candelabros en las consolas.*

MARIA. (Las siete. No debe tardar el señorito Cárlos, y estos señores parece están con gusto en esta sala. ¿Cómo los echaria de aquí?
NOT. Yo lo tengo atrasado. (*Mirando el suyo.*)
MARIA. (Vamos á ver.)—(*Encendiendo con un fósforo las luces.*)
NOT. ¿Quién? Ah! (*Reparando en Maria.*)
MAR. ¡Cuánto tardan!
NOT. Oiga usted, jóven. No ha venido nadie todavía?
MARIA. Si señor, en el estrado hay dos caballeros.
NOT. ¡Caramba! ¿Y no los ha conducido usted aquí?
MARIA. Como en este salon habia que arreglar algunas cositas para el acto que va á verificarse y tomaron asiento de contado allí, no quise incomodarles.
NOT. Pues vamos, vamos, marques, á saludarlos.
MA. Vamos. (No te perderé de vista.)

ESCENA XIII.

MARIA, Y DESPUES LUISA.

RI. No queria yo otra cosa: cerremos que entra polvo! (*con picaresco tono, cerrando la puerta del foro.*) y preparemos el campo á mis protectores... El infeliz del marques, que parece D. Estirado, queria que yo fuera à contarle... ¡Pues ya se ve! Ni por él ni por nadie descubriria los amores de mi señorita Luisa.... Voy á llamarla...—Señorita....
LUISA. ¿Y el marques?
MARI. Ya lo tengo fuera de aquí; està con los testigos en el otro salon...
LUISA. Tan pronto han llegado?
MARI. No sé si faltará alguno todavía, pero su padre no ha venido. No conviene, pues, que alarguen ustedes la entrevista.—Voy á llamarle, que ya debe estar escondido en el jardin.
LUI. Corre. (*Váse Maria por la puerta lateral izquierda.*) ¡Cárlos de mi alma! ¿será posible que te pierda, y pierda á la hija de mis entrañas? ¡Pobre ángel mio! ¿qué suerte te estará destinada en el

mundo? Y pensar que si hoy no me hubiera podido ver Cárlos, me hubiera encontrado casada mañana... ¡qué horror! Yo renunciar á este amor que es mi existencia, al cariño de mi hija, por un vano orgullo, por razon de nobleza...! ¡Maldito orgullo y maldita nobleza! Pero y la obediencia que debo á mi padre? Y... ¡Ay, Cárlos, dame fuerzas, aconséjame. *(Viendo salir á Cárlos por la izquierda con Maria)*

ESCENA XIV.

DICHA, CARLOS Y MARIA.

CARL. ¿Qué tienes, Luisa?

LUI. ¡Cuánto deseaba tu venida!

CARL. ¡Por qué lloras? ¿qué ha pasado, por qué me has mandado llamar con tanta precipitacion?

LUI. ¡Ay... *(Los sollozos la impiden continuar.)*

CARL. Habla Luisa, habla por Dios.

MARI. Yo se lo contaré, que mi señorita no puede Mire usted; anoche llegó á casa el señor mas temprano que de costumbre, llamó á la señorita... y con mucha ceremonia, muy grave y muy solemne, la dijo que ya era tiempo de que tomára estado, que un marqués la queria y que hoy mismo se firmarian los contratos. La señorita lloró, suplicó: pero el padre le volvió la espalda por única contestacion. Despues la dió un accidente á la señorita, llegue yo, y con ayuda de los demás criados, la llevamos á su habitacion. Creerá usted, señorito Cárlos, que cuando fué Julian, uno de los mozos mas antiguos de la casa, á decirle á D. Juan lo que pasaba, no solo no quiso venir á verla, sino que despidió á puntapiés al pobre hombre?

LUI. Hoy me he atrevido á pedirle un plazo, con objeto de ganar tiempo, y me lo ha negado tambien.

MARI. Voy á ponerme en acecho; y arreglen ustedes lo que tengan que arreglar, pero pronto. *(Vase por la puerta del foro.)*

ESCENA XV.

LUISA Y CARLOS.

LUI. ¡Qué buena es! ella solamente mitiga mis penas!

LUI. ¿Qué hubiera sido de mí sin ella?

CARL. Luisa, no te aflijas de ese modo, eso es matarte; enjuga esas lágrimas, levanta la cabeza.

LUI. Tengo vergüenza de mí misma...

CARL. ¿Qué dices, Luisa? !Vergüenza! ¿De quién y por qué? ¿No me amas, no te amo yo? ¿Qué te importa lo demas? Mi afan ha sido siempre llamarme esposo tuyo, y solo tu temor es quien me ha detenido á pedir á D. Juan tu mano. ¿Y no has intentado varias veces confesarle tú misma nuestra pasion y otras tantas te has arrepentido, temiendo se sintiera herido en su orgullo á la sola idea de emparentar con un pobre artista, con un humilde pintor? No te avergüences, pues. El cielo ve nuestro amor. Si tu padre no lo sabe, lo ha sellado en cambio con sus tiernas manecitas una inocente criatura.

LUI. ¡Ah, dime! ¿La has visto?

CARL. Podria pasar sin verla durante el dia al menos una vez?

LUI. ¡Pobrecita mia; qué desgraciada es!

CARL. Está tan hermosa que es el encanto de cuantos la ven. Tiene una sonrisa tan dulce...!

LUI. Cárlos mio...!

CARL. Y podrá ese marques con su ráncio título cegar tu cariño de madre? No, no lo creo, no quiero creerlo. El temor á tu orgulloso padre, la vergüenza de confesar lo que la sociedad cubre con la máscara de la hipocresía, ¿ha de ser bastante á renunciar á tanta esperanza, tanta felicidad, tanto amor?

LUI. No, no, Cárlos; yo te amo, y no puedo vivir sin ese pedazo de mi alma. ¡Pero qué hemos de hacer! Piénsalo, los momentos son preciosos; la noche ha llegado; mi padre no puede tardar; el notario está en casa ya.

MARIA. El señor acaba de entrar. (*En la puerta del foro.*)

LUI. Lo ves? Decídete. Qué hacemos?

CARL. Luisa, quieres seguirme?

LUI. Cárlos...!

CARL. ¿Quieres dejar esta casa, romper el ominoso yugo que te amenaza? ¿quieres acompañarme en mi pobreza, cambiar tu posicion elevada, por la modesta y humilde de un pintor español? Elige: aquí el fausto, la ostentacion, las riquezas, que labran el orgullo y cubren con manto hipócrita las repugnantes y asquerosas formas del vicio; allí la estrechez, casi la miseria: allí hay flores sencillas y

hermosas como tú, hay vírgenes en boceto con tu rostro encantador, que es la espresion de mi alma, la fe con que doy vida al pincel... hay allí unos angelitos, al pié de una Pureza, tan hermosos como los mismos ángeles del cielo. La misma cara tienen todos. Tú los conoces, tú has visto ojos iguales á aquellos, tú has besado quizá con lágrimas en los tuyos, la frente pura de algun tierno sér, que es el sér de aquellos ángeles. Tú los has tenido en tus brazos á todos, porque aquellas cabecitas son el retrato de Elena, nuestra hija, que tengo fija aquí....

LUISA. ¡Ay, Cárlos!

CARL. Allí la sencillez, la verdad y el amor, completan el cuadro de la familia!

LUISA. ¡Cárlos, haz de mí lo que quieras, tuya es mi vida! ¿qué puedo yo negarte, si eres el padre de mi hija? (*Sale María, anuncia lo siguiente y márchase*)

MARIA. Acaba de llegar el único testigo que faltaba, y temo que vengan en seguida.

LUI. Por piedad, Cárlos; qué hacemos? Dios de mi alma!

CARL. No desesperes, Luisa. Hay un medio único. Tendrás valor para no firmar el contrato? Nada es preciso revelarle á tu padre; tu firma no se puede estampar allí á viva fuerza. Los testigos están para eso. Cuando se hayan retirado todos, huiremos de esta casa...

MARIA. (*Saliendo y rápidamente.*) Que vienen, que vienen!

LUI. ¡Ah!

CARL. Oculto en el jardin, espero. Adios.

MARIA. (*Con gracia y cerrando la puerta por dònde se fué Cárlos.*)
Listo. No ha pasado aquí nada.—Serénese usted, señorita.

LUI. No puedo.

MARIA. Ya los tiene usted aqui.

LUI. (¿Tendré fuerzas para negarme al mandato de mi padre?)

ESCENA XVI.

DICHAS, D. JUAN, MARQUÉS, NOTARIO Y DOS TESTIGOS.

MAR. Amable Luisa, ¿se encuentra usted mas aliviada?

LUI. No, marqués, no estoy mejor.

MAR. ¡Cuánto lo siento! Y si pudiera... (No divaguemos.)

Señores, los momentos son preciosos.

JUAN. Cuando el notario guste.

NOT. Doy á usted mi enhorabuena, señorita Luisa. Su eleccion...

MAR. Señor notario cuando usted guste.

NOT. (Vaya una impaciencia! Aunque bien pensado el asunto requiere prontitud; se trata de tres milloncejos que los pierde D. Juan y se los encuentra este tahur. Verdad que yo no lo soy menos, y sacaré del negocio todo el partido posible... ¡pues! y vamos viviendo...! Pero en medio de todo me conduele la suerte de esa jóven. ¡Qué vida le espera con el perdido del «marquesito...!» A bien, que... hay tantos marquesitos en el mundo...!

(Mientras ha dicho esto el notario, D. Juan habló con la criada, la cual coloca en medio de la escena un velador con escribanía, papeles, etc.—Y el marqués hace notar muy delicadamente á D. Juan el estado de abatimiento en que se encuentra Luisa, la cual sigue sentada y sin valor para levantar los ojos delante de su padre. En el período siguiente de esta escena, el Notario, los testigos y el marqués forman un segundo grupo al rededor del velador, y Luisa y su padre están en primer término. Procúrese, aunque con fuerza, que sea lo mas reconcentrada posible esta escena.)

JUAN. Luisa, ¿te has propuesto turbar la dicha que aquí se respira?

LUI. (La dicha!)

JUAN. ¿Qué tienes? Esa palidez es estraña en este dia. Las cosas han llegado ya á un punto que podríamos con tu conducta infundir recelos al marqués, y dar motivo á que él me formulára una queja...! Y ¿sabes, Luisa, lo que esto traeria? Un terrible escándalo! Detrás del escándalo está mi casa, mi sangre, mi honra ultrajadas! Piensa bien, pues, lo que haces. ¡La sociedad tiene su razon de ser...! Por eso hay clases! Si cual sospecho, abrigas alguna simpatía...

LUI. (Ah!)

JUAN. Por quien no es digno de ti, cualquier que sea, hunde el secreto en el rincon del olvido, no me lo descubras, no te atrevas á pronunciarlo... ¡Te arrancaria la lengua, si despues de haberte escuchado, me quedáran fuerzas... Y mientras la mia pudiera articular palabras, haria llegar á tus oidos la maldicion de un padre irritado!

LUI. (¡Vírgen de la Soledad, ampárame!)

MARIA. (¡Y hablan de los tormentos de la inquisicion!)

NOT. Pero ¿qué le pasa á su futura, marqués?

MAR. Nada! quizá algun mareo...

NOT. ¿Cómo un mareo...? (*Bajando apresuradamente.*) ¿Qué pasa, señores, qué pasa?

JUAN. Apártese usted! (*Al notario.*)

NOT. (Pues me gusta la cortesía de estos señores de campanillas!)

JUAN. (*Mirando á su híja.*) ¡Ira de Dios! — Los contratos! (*Al notario.*) Acabemos de una vez!

NOT. (*Que se ha puesto los quevedos, y lee el contrato.*) En la ciudad de Sevilla...

JUAN. Sea usted breve.

NOT. ¿Breve? Con pasar por alto las fórmulas y el pié del contrato, y leer solo sus claùsulas, hemos concluido. Lo firman los interesados, y abur.

JUAN. ¡Mas breve, mas breve!

NOT. (¡Más breve, màs breve! (*Remedándole.*)

JUAN. A los señores les consta ya todo eso. Lo han oido de nuestros lábios en el otro salon. Busque usted el fin del contrato, y vamos á firmarle.

NOT. Pero mi deber...

MAR. (Aligere ustèd.) (*Aparte al Notario.*)

NOT. (¿Que aligere? Bueno; pues me debe usted diez mil reales más á buena cuenta.)

MAR. (¡Maldito seas!) No tiene usted conciencia.

NOT. Si la tuviera, ¿cree usted que consentiria en el sacrificio de esa muger?

MAR. (Yo voy á matar á este hombre.)

NOT. (Me parece que le pongo otros diez mil realitos á la cuenta.)—Los nombres de los contrayentes son: Doña Luisa Maldonado, y D. Víctor Ceballos, marqués de Valle-Ameno.—Firme usted, señorita.

LUI. (*Ha llegado al velador. Coge de manos del notario la pluma, duda, mira á su padre y cayéndola aquella de las manos, dice á su padre.*)— No puedo...!

NOT. ¡Ah! si no puede... señores, ¿oyen ustedes...? no puede!

MAR. (¡Maldicion!)

JUAN. (¡Rayos de Dios!)

LUI. ¡Ay!

NOT. D. Juan, no es nada; solamente un mareo. ¿No es verdad, marqués?—No hay que apurarse: si á ustedes les parece nos tomaremos la molestia de venir mañana, y si está en disposicion, firmará. ¿No es verdad?

MAR. (Notario de mis pecados, por Dios!) *(Al notario.)*

NOT. (Estoy por añadir diez mil reales mas...)

JUAN. Señor notario, observo que usted, al par que se ingiere mucho en los negocios de mi casa, se acuerda poco de su deber, que consiste en dar la fé pública al contrato, y nada mas!

NOT. (Haz bien y te comerán los perros! ¿Será obtuso este señor...!) Tome usted. *(Dando la pluma á Luisa.)*

MAR. (Por fin...)

LUI. *Llega al velador otra vez, y ya trazando la primer letra de su nombre, cae desmayada.)*— Ah!

MAR. (Infierno! Cuando iban á ser una realidad mis sueños...!) *Maria, notario y testigos, han acudido á sostener á Luisa.)*

JUAN. Marqués, este incidente nada significa; y para que el asunto no tome proporciones malignas en la torpe lengua del vulgo, démosle fin de una vez. ¡Yo concluiré de firmar lo que mi hija no puede. *(A María.)* Llévala á su cuarto, y que llamen al médico.

MARIA. (¡Tirano!) *(Llevándose á Luisa. El notario, que ha acompañado á Luisa hasta la puerta derecha, al volverse y ver á D. Juan escribiendo en el contrato, dice:)*

NOT. ¿Qué es eso, D. Juan? (Esta es la mia!) Veo que olvida usted sus deberes de padre, y se ingiere y falsea los mios de notario. (¡Lo clavé!)

JUAN. Obro segun mi conciencia, caballero.

NOT. (Muy elàstica debe ser!.

MAR. (Mil duros más le debo! pero cállese usted.) *(Al Notario.)*

JUAN. Usted ha significado en sus palabras llamarme «mal padre,» y va usted á retirarlas al momento.

NOT. ¿Que retire mis pala...?

MAR. *(Colocándose en medio de ambos.)* Las retira! *(Al Notario.)* Una talega mas á la cuenta...! añádala usted ...)

NOT. (Mucho va subiendo la deuda.) Bueno: ¡las retiro!

ESCENA XVII.

DICHOS Y CARLOS, *que aparece en la puerta izquierda. Poco despues, Luisa por la derecha.*

CARL. ¡Mentira, señores! Ese caballero no retira sus palabras; y si lo hace, aquí estoy yo para sostenerlas!

NOT. ¿Quién es? ¿De dónde sale este hombre?

CARL. Ese contrato es nulo...!

TODOS. Caballero!

NOT. (Adios mi dinero!)

CARL. Nulo, delante de Dios y de los hombres! Es una falsedad infame la fé de usted, señor notario: tan infame y tan vil como el padre que rasga á sabiendas el pecho de su hija... como el marqués arruinado...

MAR. (Ah!)

CARL. Que sacrifica su dignidad, desdice su nobleza, mata á una muger que no le ama, que no puede amarle, por ser dueño de sus riquezas!

TESTIG. Caballero!

JUAN. Salga usted de esta casa. ¿Quién es usted para constituirse en juez de mis acciones, para insultar...

MAR. Salga usted, miserable!

CARL. ¿Yo, miserab...?

JUAN. Salga usted, ó le echarán á palos mis criados.

CARL. ¡A palos..! Un momento...

JUAN. No tolero un minuto mas. El que de esa manera se introduce en la casa agena para robar la calma, es un ladron, un bandido!

CARL. ¿Bandido yo...? Sr. D. Juan, no es bandido el que en alas del amor viene á ver el dulce bien que idolatra.

MAR. (Bien lo sospeché.)

JUAN. Hija infame...!

CARL. El que roba la dicha á una muger, el impostor que falsifica y escribe lo que su hija nunca escribiria, lo que no firmará jamás, esos son los ladrones, los bandidos...!

MAR. (¿Y no le arranco la lengua...?

CARL. Esa muger no puede ser la esposa del marqués...

LUISA. (*Saliendo.*) Cárlos, por piedad.

CARL. Luisa, ven aquí.

JUAN. Mónstruo!

CARL. Esta muger es mi esposa, esta muger es la madre de mi hija. Atrevéos á quitármela, cobardes!

JUAN. Miserables...! (*Coge una pistola de una de las panoplias ó de una caja que puede haber sobre la consola, y apunta á su hija.*)

CARL. Heridme á mí. (*Cubriendo con su cuerpo el de Luisa.*)

MAR. No mancheis vuestras manos con la sangre de ese infame. (*Deteniendo el brazo á D. Juan, quien, al levantarlo para evitar que le sostenga la ma-*

no el marqués, inadvertidamente suelta el tiro, y cae mortalmente herido en la cabeza.)

JUAN. Ah!

LUI. Padre!

MAR. ¿Qué han hecho mis manos...?

CARL. Marqués....

NOT. Terrible desgracia; pero deténganse ustedes. No lo ha muerto el marqués, sino la casualidad.

LUI. Padre, padre mio...! (*Desde que cayó D. Juan está al lado del cadáver, así como los testigos y Cárlos.*

MAR. (¿Y he de perder la fortuna que me sonreia? No... primero.... Ah! qué idea...) (*Trayendo al notario de un brazo al otro estremo del grupo dicho, y con rapidez.*) Es necesario que esta muerte recaiga sobre un asesino. Es preciso que el asesino sea el amante de esa muger.

NOT. ¿Olvida usted...?

MAR. Todo lo vence el dinero. Esa muger ha de ser mia, y han de ser mias su dote y su herencia.

NOT. Pero los testigos dirán que es inocente...

MAR. Se soborna á los testigos.

NOT. Los acusados probarán....

MAR. Imbécil. Nada se puede probar si esta noche asesinan tambien al amante...

NOT. ¿Quién se atreverá? (*Horrorizándose.*)

MAR. Yo y el dinero.—Una mano pagada le herirá...

NOT. Cuidado, marqués; yo no quiero meterme....

MAR. Ven, ven conmigo, y hablaremos. (*Se lleva casi arrastrando al notario.*)

NOT. Este hombre es el demonio. (*Ya en la puerta.*)

LUI. Ah, su mano está fria: Padre, padre mio.— Muerto...! (*Dando un grito.*)

CARL. Dios tenga piedad de nosotros...!

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

EL BARRANCO DE SEVILLA.—A la derecha rampa.—A la izquierda la puerta de un feo y pobre ventorrillo.—Al foro el rio Guadalquivir.—(Este sitio tiene fama de ser centro en Sevilla de cierta gente de mal vivir, y es el lugar donde se verifican las compras y ventas de pescado al por mayor.)

ESCENA I.

PAMPLI, MANCO y CANINO, *saliendo del ventorrillo.—Despues Mala-Cara.*

PAMP. ¿Pero qué quié ese hombre?

MANCO. No hagas caso. ¿No ves que tiene una jumera que no puede tenerse en pié?

CANIN. Tú, lisiao... A ver si aguantas la «muy,» si no te corto el brazo que te quea.

PAMP. ¿No ves qué «pantasmon» está? *(Al manco.)*

CANIN. Miá, Pampli, ni tengo yo «jumera,» ni vosotros teneis «lacha.»

MANCO. Hombre, no hagas caso. Fué una guasa.

CANIN. Tú eres un «chivato,» y en vendiendo los jureles que tengo allí, te voy á dar en la jeta para que no te «berrees» mas.

PAMP. ¿Quiés darme ahora?

CANIN. ¿Qué si quiero? Mialo. *(Dándole un bofeton, y sacando ambos las navajas. A las voces anteriores sale Mala Cara, queriendo separarlos.)*

PAMP. Te voy á abrir en canal.

ESCENA II.

DICHOS Y MALA-CARA.

MALA. ¿Que es esto?

CANIN. Que me voy á quear con los reaños de ese charran.

MALA. ¿Se quié usté callar? Pampli, guarda la faca. Tú, Canino, esconde la navaja: están los municipales en el puente.

CANIN. Lo mismo le «doy comía» á los municipales que asté y queá ese jindamon.

MALA. Vamos á verlo. (*Dándo un empujon á Pampli y derribándole, le quita la navaja, y pónese á pelear con Canino.*)

MANCO. Canino, no riñas con señó mala cara, que te và á dar mulé.

CANIN. Ay! (*Siéntese herido en la mano, y deja caer la navaja.*)

MALA. Por ahora, ya tienes bastante.—Manco, métele esa navaja en su faja.—Pampli, toma. (*Dándole la suya.*) Cuando tengas buena la mano, si quieres cuestion, (*A Canino.*) búscame. Conque, á «tomar de pira,» tú por allà; por aquí tú.

CANIN. (Yo me vengaré.)

MALA. Manco, quédate.

ESCENA III.

MALA-CARA Y EL MANCO.

MANCO. Qué quié usté?

MALA. Vino por aquí ayer tarde el marqués... Verdá?

MANCO. Sí señor.

MALA. Qué dijo?

MANCO. Que hoy volveria á verle á usté.

MALA. Bueno —Gracias.

MANCO. Se le ofrece á usté algo mas?

MALA. No.—Tú, quieres algo?

MANCO. Hombre... Yo, señó Mala-Cara, quisiera que uste me hiciera un favor.

MAL. Dí.

MANCO. ¿Por qué no le dice uste al señó marques que me meta en la policía secreta?

MAL. Manco... tu en la policía? No faltaba mas... Eres demasiado hombre de bien para eso....

MANCO. Pues no lo es usted...?

MAL. Por compromiso... Si las cosas pudieran hacerse dos veces.. Estoy en esa partida como el toro en el matadero, por la fuerza. Salí de presidio... no tenia que comer, me buscó el marqués para matar á un pintor... y... el hambre puede mucho... Si no le maté, fue por lástima, pero le dejé mal

herido. El marques, que, parece queria deshacerse del pobre á toda costa, me colocó en la policía secreta para que diera un parte falso antes que mejorára, y lo embarcáran para Filipinas, como sucedió... Desde entonces que no puedo dejar el puesto, porque como uno tiene tanto que tapar, el dia que hubiera dejado de ser espía me hubieran echado el guante.... y.... eso no me acomoda.... francamente. Pero tú no te metas; es oficio bajuno el espionaje, sin ley ni conciencia...! El dia que te falte una peseta, ven y pídemela. Pero no quieras ser... Créeme. Ya sabes que te quiero.

MANCO. Bueno, señó Mala-Cara.

MALA. Adios. *(Entra en el ventorrillo.)*

MANCO. Hasta mañana. ¿Quién es ese? Ay! Mala-Cara, señó Mala-Cara....

MALA. ¿Qué quieres? *(Volviendo á salir.)*

MANCO. Ahí tiene usté al marqués. *(Y se va por la izquierda, segundo término.)*

ESCENA IV.

MALA-CARA Y EL MARQUÉS.

MALA. Ah...! Señor... *(Descubriéndose.)*

MAR. Ponte el sombrero.

MALA. Mande usted.

MAR. Quiero hablar contigo reservadamente.

MALA. Diga usted.

MAR. Este sitio no es muy apropósito.

MALA. Siempre es mejor que metidos en una de aquellas tabernas.

MAR. Ah! no, allí no quiero entrar. ¿Pero si nos ven aquí... si nos oyen....

MALA. No hay cuidado. Ya los pescaderos y cargadores se han marchado á vender por las calles de Sevilla. No hay que temer....

MAR. A quién? (Nadie hoy podría contra mí, tengo á Luisa por esposa, á su hija por hija mia, soy administrador de sus cuantiosas riquezas. Ocupo cierta posicion que me dá el derecho de mandar a esta canalla.... ¿qué más quiero?.. Qué más? Desprenderme de Luisa; á quien he forzado á hacer su testamento. La infame le deja todo su caudal á su hija, nada al esposo; empero yo seré su procurador, y entonces.. ....)

MALA. Ha venido usted, señor marqués á hablar solo? Pa-

ra eso, no se necesitaba tanta cautela.

MAR. Oyeme.

MALA. Qué hay que hacer?

MAR. Hay que matar.

MALA. Pá mí como si me comiera una pescá.

MAR. Hay que matar una mujer.

MALA. Lo siento.

MAR. Uua elevada señora.

MALA. (Eso es nuevo para mí.)

MAR. Esta noche.

MALA. Dónde?

MAR. Al otro lado del puente, en el paseo del muelle.

MALA. Hora fija?

MAR. A la oracion.

MALA. Nunca he sabido á qué hora dan las oraciones.

MAR. A las seis te pones en acecho.....

MALA. Señas de la muger..?

MAR. Ninguna....

MALA. Qué?

MAR. Ni son precisas.

MALA. Veamos.

MAR. Pon atencion.

MALA. Advertirlo está de más.

MAR. Junto á lá Torre del Oro parará un carruaje; un caballero, llevando del brazo á una señora. bajará de él, con objeto de dar un paseo por la orilla del rio.

MALA. No es el sitio muy á propósito que digamos.

MAR. Place la soledad á esa elevada señora... Además las frescas brisas de primavera, la clara luna que se retrata en las aguas...

MALA. Al grano.

MAR. Tomadas tus medidas con prudencia, te llegas á ellos, aparentemente á pedir una limosna. El caballero en lugar de ponerse en guardia ó asustarse al ver un hombre de tu facha, procurará tranquilizar á la muger, si recelára de tí. Más todavía; llevándola del brazo, te la pondrá como si dijéramos á trecho de tu puñal. Te acercas, pues, y sin que vacile tu mano, le clavas hasta el puño tu daga en medio del corazon.

MALA. (Diablo!)

MAR. Un golpe, un solo golpe y escapas. El caballero intentará, tambien en la apariencia, defender á su esposa, y hasta perseguirte despues que la mates, para demostrar su inocencia en el lance. Y cuando vea que estás en salvo, darà voces, pedirà socorro, acudirán guardias, curiosos, etc., y en

medio de su desesperacion declarará que un asesino intentó robarles, que mató à su esposa al querer gritar y que escapó ante el cañon de su pistola. El cadáver se trasladará al coche. Tomará el juez declaraciones; el caballero reclamará todo el rigor de la ley para el asesino, que no aparecerá nunca... y negocio concluido...—El interesado quedará viudo y dueño de las riquezas de una niña menor de diez años...

MALA. (*Atajándole.*) Y yo ganaré...?

MAR. Tú ganarás mil duros.

MALA. Es poco.—Una muger, y una muger de esa clase...

MAR. Dos mil. (Qué me importa ofrecer... si te voy á quitar de en medio?)

MALA. Corriente.—El nombre del...

MAR. Del eaballero? ¡Soy yo!

MALA. (¡Valiente caballero!)

MAR. La señora á quien llevaré del brazo, mi esposa.

MALA. Pues vengan las monedas.

MAR. Ahora no puedo... ni queda tiempo...

MALA. Me parece que no morirá esta noche Doña Luisa.

MAR. Una idea!

MALA. Malas ideas tiene usted!

MAR. (No lo sabes tú bien!) Te doy quinientos duros ahora, que llevo en la cartera. Y despues de consumado el hecho, lo restante.

MALA. ¡Hola! (Malo, malo!) Con que no tiene usted confianza en mí...? Hay dudillas, eh...? ¡Bueno!

MAR. No tengo desconfianza... Pero...

MALA. Bien: acepto ahora solo esos quinientos duros. Pero con una condicion.

MAR. Cuál?

MALA. Escríbame usté ahí dentro (*Señalando el ventorrito.*) un pagaré de treinta mil reales, que es el resto de lo pactado. Esprese usté en él por qué me los debe, lo firma usté y al avío...!

MAR. No puedo comprometerme de ese modo...

MALA. Mas me comprometo yo, que he de hacer la faena.

MAR. Tú desconfías de mi!

MALA. A desconfianza salimos.

MAR. Te daré mil duros en este momento. si no me exiges el pagaré.

MALA. No los quiero.

MAR. Pero...

MALA. Ha picado usté mi amor propio... y... en fin, es mi voluntad...! Si á usted le acomoda...

MAR. (Maldito seas!)

MALA. Usté me ha enseñado mi deber. Entre amigos....

«con verlo basta...!»

MAR. (Podré fiarme...? Sí. Este hombre, á no ser por mí estaria en presidio, y... no hablará... no enseñará ese papel, porque... porque yo le mataré esta noche.)

MALA. Con que, le acomoda á usté?

MAR. Voy á firmarte el pagaré.

MALA. Entre usté. (Lo que es á mí no «me coveas.») (*Entran en el ventorrillo.*)

ESCENA V.

CARLOS *baja por la rampa, apoyado en un palo; su edad es de cuarenta años, es decir, diez mas que en el prólogo; pero, sin embargo, los padecimientos físicos y morales de diez años de penalidades y destierro, han agotado antes de tiempo sus fuerzas, y ha muerto en él el génio del artista. Su cabello es gris, no muy pronunciado, y algo calva su cabeza. Su traje indica la miseria, su rostro el hambre; solamente sus ojos han de indicar al hombre del prólogo.—Llega al pié de la rampa. flaquéanle las piernas, y apoyado con el palo puede sentar e sobre una peña.*

CARL. ¡No puedo...! ¡ay, no puedo más!—¿Para esto has permitido, Dios mio, que sobreviva á tanto infortunio...? ¿Para esto he alimentado siempre la esperanza do volver á mi patria? ¡Para morir de hambre y de miseria, enfermo y fatigado, á las mismas puertas de la ciudad en que nací, donde vió la luz primera mi hija,—¿qué será de ella?—donde conocí á Luisa...! ¡Ah...! (*Sollozando.*) ¡Pobres víctimas de mi pasion, cómo me mata el afan de veros...! Y sin embargo, triste presagio de mas desgracias asalta mi corazon. ¿A quién preguntará que le conozca, este pobre estranjero en su pátria? ¿Quién me dará asilo esta noche y un pedazo de pan para alcanzar la nueva aurora, y verlas, si alcanzo á ver, para abrazarlas, si no se averguenzan de este pobre presidario...?—Dios pague la buena accion á esos tristes pescadores que me han traido en su barca desde Cádiz...! ¡Pobres...! no han podido darme ni una migaja de pan. . y, sin embargo, ¡lloraban, lloraban de verme así... eran tan pobres como yo...!—(*Pausa. Recorre su vista el Barranco, y dice:*) ¡Secretos de la Providencia...! ¡Cuántas veces he recorrido es-

tos sitios, guiado por la fantasía del pintor, tras de una atrevida copia de la naturaleza, que me sonreia, en las aguas de ese rio... y en la barca del pescador que me esperaba, á esta misma hora, en las horas encantadas del crepúsculo...! en ese cielo que veia escrito mi nombre con orla de gloria y de amor...!—Hoy ya no está la barca; esas aguas si algo me enseñan, es la muerte en el fondo de su rio...., y el cielo... ¡oh, el cielo está inyectado en sangre...! ¿A dónde están los cantos populares de mi pátria, que no los oigo...? ¡Ay, que no es esta mi Sevilla...! *(Deja caer la cabeza, abrumado por sus tristes recuerdos.)*

ESCENA VI.

DICHO, MARQUÉS Y MALA-CARA, *por la puerta del ventorrillo.*

MAR. Toma. *(Dándole los quinientos duros en papel.)*

MALA. Corriente. *(Despues de hojear los billetes.)*

MAR. Inútil es decirte que este secreto morirá entre los dos.

MALA. Inútil.

MAR. Un solo golpe, y en medio del corazon...!

MALA. Voy á afilar el puñal.

MAR. *(Marchándose.)* Yo por la pistola para saltarte los sesos, y borrar de este hecho la huella.)

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS EL MARQUÉS.

MAL. Anda, mal alma. Si me hubieras dado esta cantidad en oro, ni me hubieras visto mas ni tendria que matar dentro de dos horas á esa muger.... matar á una muger...! ¡Voto al rey de bastos.... que nunca me ha dado pena pegarle á un hombre; pero... herir á... una muger... me pesa... mas que todos mis pecados juntos! Yo, que no me atreví nunca siquiera á insultarlas...

CAR. Ah! *(Sale de su abatimiento.)*

MAL. Qué es eso? Un hombre! Eh, amigo, qué hace usté ahí?

CAR. Soy un pobre viajero, enfermo y sin hogar. No tengo parientes, no tengo un rincon donde pasar

la noche, ni un pedazo de pan que llevar á mi boca. Acabo de llegar en la barca de unos pescadores que me han traido por el amor de Dios!

MAL. Venga usté y cenará conmigo; yo le diré al montañés que le deje quedar en uno de los bancos de la taberna.

CAR. No tengo fuerzas. Por Dios, ayúdeme usté á levantar.

MAL. De buena gana, amigo. (Donde he visto esta cara?)

CAR. ¡Dios mio! (*Reconociéndole.*)

MAL. Esos ojos,.. El...! es el pintor...!

CAR. Si, yo soy el pintor. Yo soy el hombre á quien diste de puñaladas hace diez años, la noche que murió D. Juan, el padre de mi Luisa!

MAL. Verdad, yo fuí... quien por mandato del marques...

CAR. El marqués? Dios de Dios! Fué él quien te pagó... ¿Porqué no me acabaste de una vez...?

MAL. Te tuve lástima!

CAR. Lástima! Para llevarme á Filipinas cuando todavia chorreaban sangre mis heridas...!

MAL. Tambien el marqués anduvo en eso....

CAR. Bien lo sospeché!

MAL. ¿Qué quieres? La sociedad es así! Esos señores, que tienen dinero y autoridad, hacen las leyes á su gusto, y las tuercen cuando no lo son! El que está perdido, como yo lo estaba entónces, se arrima á ellos, y así es como únicamente vive. ¿Quien sabe si yo estaría ahora arrastrando una cadena, a no haberme metido á ejecutor de sus planes...?

CAR. ¿Y consientes tanta injusticia, señor..? Dime, dime por lo que mas quieras en el mundo... ¿vive Luisa?

MAL. Vive.

CAR. Bendito sea Dios!

MAL. Es la esposa del marqués.

CAR. ¿Qué? ¡mentira!

MAL. Cuidado con ello, buen hombre.

CAR. Luisa, esposa del marqués?

MAL. (Hasta esta noche.)

CAR. ¡Maldito el dia que la ví, y maldita mi estrella!

MAL. No te apures: esta noche te vengaré....

CAR. De quien?

MAL. De tu esposa.

CAR. Cómo?

MAL. Tengo pagada su muerte... por el marqués....

CAR. Pero ese hombre es una hiena...—Ah! no amigo mio, tú no puedes ser tan cruel como ese infame. tú no matarás à una inocente muger. ¿Tú tendrás madre...? Por la memoria de tu madre, si no

la tienes, no hagas daño á esa infeliz... Yo te lo pido de rodillas. Yo besaré...

MAL. Levántate y no grites. No la mataré.

CAR. Ah, yo te doy gracias. (*Intenta besarle la mano.*)

MAL. Quita... no me toques, no me mires. Yo soy á quien debia herir el rostro la vergüenza.... Yo soy quien debiera pedirte perdon y besar tus plantas...

CAR. No, amigo; yo te perdono; no me has ofendido.

MAL. No sé qué pasa por mí: has tocado á la memoria de mi madre, y al acordarme de ella, me acuerdo de Dios, y me avergüenzan mis crímenes.

CAR. Bendito sea Dios.

MAL. No, no la mataré.

CAR. Gracias, gracias.

MAL. ¿Pero qué escusa daré al marqués?

CAR. No, amigo, no dudes, no te arrepientas.

MAL. No temas.

CAR. Quiero verla mejor en brazos del marqués, que no muerta. ¡Quiero verla feliz, aunque me haya sido infiel.

MAL. Infiel...? no digas eso. Esa muger es una mártir. Perdió á su padre, perdió á su amante, quedó sola en el mundo, sin nombre para su hija... ¿Qué habia de hacer? El marqués, que codiciaba sus riquezas, le dió su mano, y ella aceptó... quién sabe si por la inocente criatura?

CAR. Tienes razon, tienes razon.

MAL. Ahí tienes otra injusticia de la sociedad

CAR. No, no es la sociedad; es la infamia de ese hombre.

MAL. No sabes tú quién es. ¿Qué dirás si te enseño un papel firmado de su mano, en el que se compromete á darme dos mil duros por la muerte de su esposa, quinientos antes, y lo restante despues de ejecutarla?

CAR. Tienes tú ese papel?

MAL. Míralo.

CAR. ¿Conque es verdad...?—Pero tú has dicho que te avergüenzas de tus crímenes, que no la matarás.

MAL. Sí, pero qué responderé al marqués?

CAR. Vano temor. La respuesta la tienes ahí. (*El papel*)

MAL. Si no le sirvo, intentará perderme.

CAR. ¿Perderte cuando tienes ese papel...? Guárdale mucho, que es el arma mas terrible contra él. Ademas, tú no querrás dejar huérfana á una niña inocente, no querrás entregarla en manos del asesino de su madre, para que la robe sus riquezas: no puedes consentir que esa criatura vaya pidiendo, pasados algunos años, un pedazo de pan como su

padre, como su abatido padre, te lo pide hoy .. El dia de mañana será muger: acostumbrada á sus riquezas, y despues rodeada por la miseria, escuchará á la seduccion que la saque de su pobreza... Y ya deshonrada, maldecirá á sus padres...! Y tú no puedes consentir que me maldiga... Tienes un resto de corazon, y tú no lo querrás... Yo no quiero que me maldiga mi hija!

MAL. Calla ya, que me estás atormentando...! Cualquiera me hubiera hecho creer que me habia de hacer llorar un hombre... Acaban de saltar á mis ojos dos lágrimas, y sin embargo, no sé qué placer esperimento, que embarga mis sentidos...! Toma... buen hombre... tú me has proporcionado el momento mas feliz de mi vida; toma este papel, á cámbio (*Le dá el pagaré.*) del daño que te he causado, y piérdeme delante de los tribunales si me atrevo á cometer el crímen. Tú me has regenerado... Yo te hice desgraciado, y tú me perdonas...!

AR. Gracias, Dios mio...!

MAL. Y ahora, ven á cenar conmigo. Ven, y dormirás en mi casa.

AR. No, yo quiero verla primero... quiero mirar...— perdóname si dudo!—quiero defenderla si álguien se atreve á herirla.., quiero llorar de placer, aunque me desgarre el pecho la envidia!

MAL. Pero ¿y el cansancio, y la enfermedad, y el hambre?

CAR. No necesito nada; ya estoy bueno! Yo quiero verla! ¿Qué mayor medicina para mi mal?

MAL. No seas imprudente..

CAR. No temas. Nadie sabrá... Con este papel, y verla esta noche, verla una vez sola, desde lejos, escondido en cualquier parte, soy feliz,..!

MAL. Eso despues. Ahora es preciso que cenes conmigo; te abandonan las fuerzas.

CAR. ¿Pero no faltaremos en la orilla del rio...?

MAL. No faltaremos.

CAR. ¡Y me quejaba de haber sobrevivido á mi destierro..! ¡Perdon si te ultrajé, Dios mio! Gracias, porque me has conservado para salvar la vida de Luisa!

MAL. Vamos?

CAR. Vamos.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante con puertas laterales y al fondo. Muebles de lujo, etc.

ESCENA I.

EL MARQUÉS, Y DESPUES EL CRIADO.

MAR. *(Abriendo el balcon.)* Ya es de dia, gracias al diablo... ¡Qué noche tan larga! ¡Qué de presentimientos horribles me han asaltado! El mas leve rumor descargábase en mi pecho como una piqueta, zumbando en mis oidos como el eco de la terrible, potente voz de la justicia, que parecia llamar á esa puerta en busca de un criminal...! Afortunadamente, no ha sido así. ¿Pero estoy por ello menos en peligro? No. ¿Qué habrá pasado para que ese hombre, que nunca yerra el golpe, que jamás ha perdonado al que le he dicho «mata,» no haya parecido anoche por la orilla del rio...? ¡Qué cándido soy...! ¡Pues no soñaba yo ayer que hoy seria viudo...! Veamos si es el criado que envié á saber de Mala-Cara... *(Abre la puerta y entra el criado.)* Entra y cierra esa puerta.—¿Qué noticias me traes?

JUAN. En ninguna parte le he visto: ni en los tenduchos aquellos del rio, ni en el Barranco, ni en la casa de juego.

MAR. ¿No has preguntado à sus compañeros?

JUAN. Sí, señor; á un amigo suyo; me dijo que no le habia visto; pero yo observé que todos aquellos hombres me miraban con estrañeza, formaban corrillos y hablaban en voz baja.

MAR. (¡Ira de Dios! ¿Qué habrá pasado?)—Retírate.—Quiero estar solo. *(Váse el criado.)* Será una realidad el presentimiento que me persigue desde anoche...? ¿Me habrá delatado, enseñando mi pagaré, ese Mala-Cara, á quien nunca debí confiarme? Se embriagaria, y los vapores del vino le harian confesar lo que la prudencia le aconsejaba

no decir...? ¡Vive Dios! que me trae este asunto loco, y no voy á tener sosiego hasta que me cerciore. (*Toca el timbre.*) A ver...! (*Al criado, que aparece.*) Mi sombrero.—Pero si mi recelo es una realidad... al verme en el Barranco, doy una prueba mas á mis jueces... ¿qué haré?

JUAN. (*Saliendo con el sombrero.*) El sombrero.

MAR. (*Sin oirle.*) No, tengamos prudencia. ¡Calma, marqués; nunca como ahora la necesitas...

JUAN. El sombrero.

MAR. Guárdalo otra vez.

JUAN. El notario hace un momento que ha llegado.

MAR. ¿El notario tan temprano?

JUAN. Preguntó por la señora, y habiéndosele dicho que no habia salido todavía de su habitacion, resolvió esperar.

MAL. ¿Le digiste que yo estaba levantado?

JUAN. Sí señor; pero no quiso entrar, aunque estrañó mucho que ya estuviera usía en pié.

MAR. (Más estraña es para mí su venida á esta hora.)—Díle que pase.—¡Estoy desorientado hoy! Todo lo que al rededor mio está pasando tiene cierto tinte estraño que...

ESCENA II.

EL MARQUÉS Y EL NOTAEIO.

NOT. ¡Hola, angélico marqués!

MAR. Salud, caro notario...

NOT. Diré á usted: caro, caro... no mucho: pero sí notario aprovechado...

MAR. Tome usted asiento.

NOT. Pues señor, muchas gracias.—Mal color tiene usted, marqués! ¿Ha pasado usted mala noche?

MAR. No la he pasado muy buena.

NOT. ¿Qué tiene usted?

MAR. Cierta intranquilidad que no me esplico... Un cansancio que postra mis fuerzas; debilidad, y no tengo apetito; estoy rendido, y no puedo dormir. Vaya usted á saber qué enfermedad tengo!

NOT. No, pues no se necesita mucho talento para conocerla.

MAR. A ver! dígame usted...

NOT. Yo creo que su enfermedad está en la cabeza, marqués.

MAR. ¡Ja, ja, ja! Me hace usted reir sin gana, señor Ga-

leno.

NOT. Oiga usted: no soy médico; pero desafío á toda la medicina en punto á entender su naturaleza. Ya lo he dicho: usted tiene mala la cabeza.

MAR. Vamos á ver, y ¿por qué? Veamos si me distrae usted, porque hoy viene divertido.

NOT. ¡Oh, sí; yo estoy muy divertido...!—En primer lugar, usted cavila mucho.

MAR. Los hombres de negocios... no tienen mas remedio.

NOT. No, es que usted, además de sus negocios, cavila mucho.

MAR. No entiendo...

NOT. Me esplicaré, si puedo.

MAR. Veamos.

NOT. Es ley de la Providencia que cada indivíduo venga al mundo con las dotes que le dá la naturaleza. Así vemos un hombre, por ejemplo, entre una reunion de cargadores, con mas fuerza que todos los demás. Entre una docena de estudiantes, uno que aprende en un mes lo que á los demás cuesta un año. De una compañía de soldados, sacará usted siempre uno que valga por cuatro quizás. Si los estudiantes, soldados y cargadores que no tienen igual talento, bravura y fuerza que los distinguidos por la naturaleza se atreven y hacen por llegar donde aquellos *naturalmente* llegan, lo harán, si pueden hacerlo, cansando ó perdiendo las fuerzas los cargadores, estrujando el entendimiento ó volviéndose locos los estudiantes, y perdiendo algun miembro ó rompiéndose el alma los hijos de Marte.

MAL. ¡Qué cosas tiene usted, señor notario...!

NOT. ¡Ah, tengo yo unas cosas...!

MAR. ¿Y á dónde va usted á parar?

NOT. (Ahí le duele.) Resúmen: que nadie puede llegar adonde sus fuerzas, físicas ó morales, no alcanzan. Pero usted, que no habia nacido para discurrir, para estudiar, para pensar mucho, hace diez años que, en fuerza de las circunstancias, está trabajando demasiado su imaginacion con planes, cábalas, dudas, etc., etc. Ya una muger, ya un dote, una herencia ó un rencor, una carta en el juego, ó una venganza, siempre, siempre está usted discurriendo. Y eso, amigo, es matarse. Así no estraño que enferme usted, y que enferme de la cabeza.

MAR. ¡Es usted el hombre mordaz por escelencia...!

NOT. Muchas gracias, señor marqués.

MAR. Es usted ese bicho que va lamiendo, lamiendo la piel sin sentirlo la víctima, hasta que saca sangre y escupe en ella su veneno.

NOT. ¡Y cómo nos conocemos, señor marqués, como nos conocemos!

MAR. ¿Se puede saber á qué ha venido usted á mi casa tan de mañana?

NOT. Hasta cierto punto. He venido llamado por su esposa para arreglar no sé qué asunto...

MAR. ¿Eh?

NOT. Y de camino á decirle á usted que anoche mataron á traicion a un tal Mala-cara, en la puerta de una taberna frente al rio.

MAR. ¿Que mataron à Mala-cara anoche?

NOT. ¿Lo conocia usted? ¡Bien lo sospechaba! Pues, sí señor; habia tenido una disputa ayer tarde con un tal Canino, y anoche dicen que le esperaba éste, y lo tendió á sus piés de una puñalada.

MAR. (Ya decia yo que no podia faltar ese hombre á la cita si hubiera existido.)

NOT. Mala-cara estaba acompañado de un sugeto que habia llegado ayer tarde de Cádiz, y es al único que han podido prender.

MAR. (Un sugeto...? ¡Podrá ese hombre saber mi secreto...? ¿Se lo diria Mala-cara...? ¿Qué haria de mi pagaré...?) Está muy complicado ese... sugeto... que usted dice..?

NOT. A mí me han dicho que el hombre que iba con Mala-cara, está inocente; que es un pobre, un pordiosero á quien habia convidado á cenar el muerto.

MAR. ¿Que lo habia convidado á cenar...? Diga usted, señor notario, ¿podríamos saber en seguida que suerte le espera á ese desgraciado?

NOT. Qué buen corazon tiene usted!

MAR. Me duele la suerte de ese infeliz: un pobre forastero, segun usted dice, que tiene que pedir la comida á un estraño, y que la justicia lo prende equivocadamente, como asesino de su protector, es capaz de interesar en su favor al hombre menos compasivo.

NOT. Efectivamente.

MAR. Podría usted ver al juez, y si no resultan graves acusaciones comprometa usted mi nombre para la fianza que marca la ley, y traigalo usted; nos manifestará su inocencia, le daremos albergue y le buscaremos manera de vivir. ¿No le parece á V.?

NOT. Si no fuera yo un bicho venenoso como usted me llama, le diria á usted que en el mero hecho de

proteger á ese hombre, hay aquí un busilis!

MAR. Dejemos ahora eso. ¿Puede usted hacer lo que le pido, cuanto antes?

NOT. Diré á usted: yo me he levantado tan temprano para asuntos de mi ejercicio de notario: tiene, pues, muy poca gracia que yo abandone mis ocupaciones por servir á usted.

MAR. No, sirve usted á la caridad.

NOT. No, marqués, sirvo á usted.

MAR. Bien, lo que usted quiera, me sirve á mi.

NOT. Conque así...

MAR. ¡Bueno. le pagaré á usted. ¿Está usted contento?

NOT. Habrá de esperar usted un ratito. Tengo que hablar con su señora.

MAR. Qué quiere D.ª Luisa?

NOT. Eso es lo que no sé.

MAR. Parece imposible!

NOT. Pues, si señor: me dijo que viniera hoy por la mañana, muy temprano, con objeto de...

MAR. De qué...?

NOT. De qué? No me acuerdo.

MAR. (Habrá judio como este?) Tome usted ese billetito de cuatro mil reales.

NOT. No puedo. Es un secreto.

MAR. Vamos, tome usted esos dos de cuatro mil.

NOT. (Quien roba á un ladron....) Pero, señor, marqués y mi probidad, y mi conciencia?

MAR. No valen los tres billetes de á cuatro mil que doy.

NOT. Pues si no lo valen...vengan. (Voy á decirselo. De todas maneras habia de saberlo en seguida.) La señora D.ª Luisa Maldonado, conociendo que sus riquezas van desapareciendo como el humo, desde que usted las administra, ha resuelto saber fijamente en que estado estan, á qué altura llegan.

MAR. Eso desea la marquesa?

NOT. Y hoy es el dia que vá á saberlo... y qué cosas vá a saber!

MAR. Mire usted, señor notario, no tolero mas bromas sobre ese punto.

NOT. Como que es el culminante: Si se entera por mi de la ruina que ha entrado en sus rentas...

MAR. Y se atreve la infame...?

NOT. Ahora solo quiere fijamente saber qué la queda. Despues ya pensará....

MAR. Yo haré que no piense.

NOT. Tambien me parece que será tarde. Estoy encargado de buscar á un nuevo administrador, por si acaso.

MAR. (*Despues de breve pausa.*) Bravo! ya tengo una idea.—Señor notario, véndame usted ese servicio.
NOT. Cuál?
MAR. El buscar el nuevo administrador. El sugeto que va usted á librar en mi nombre, es el que nos va á servir para el caso. Una persona á quien por mí se dá libertad, hará, cuanto yo le diga, á ojos cerrados.
NOT. ¿Ve usted, cómo habia busilis, señor marqués?
MAR. Exijo, pues, de usted que vaya inmediatamente y me lo traiga.
NOT. Pero...
MAR. No me exija usted nada: no me pida mas dinero. Yo lo pagaré todo, todo.
NOT. Y si la marquesa pregunta?
MAR. Yo la responderé en nombre de usted.
NOT. Bravo! Pues voy á ese negocio, y volveré en seguida con él.
MAR. Tome usted el sombrero.
NOT. Qué amable es usted! Muchas gracias.

ESCENA III.

MARQUÉS Y CRIADO.—*Despues* LUISA.

MAR. Juan!
JUAN. Señor...
MAR. A la marquesa, que está aquí el notario.
JUAN. No señor, acaba de salir ahora.
MAR. No importa; está aquí.
JUAN. Pero, señor, si le han visto salir mis ojos.
MAR. Imbécil! No quiero que le hayas visto salir. Díle que el notario la espera.
JUAN. Cartuchera en el cañon! (*Vase.*)
MAR. Conque esa muger, que debe su vida á la muerte de Mala-cara, quiere rebelárseme? Bien lo sospechaba! Por eso queria quitarla una vida que me estorba. ¡Infame! ¿Y me he de contener en su presencia, cuando quisiera abrasarla con mis ojos, pulverizarla con mis manos...?
LUI. (*Saliendo.*) (El marques.)
MAR. Yo soy.—A quién buscaba usted?
LUI. Buscaba al notario. Pero si no está...
MAR. Deténgase usted. Un momento.
LUI. Por Dios, señor marqués, no me haga usted daño.
MAR. Conque tiene usted miedo? Eso es que le acusa su conciencia.

LUI. (Y se atreve á hablarme de conciencia, justo Dios!) De nada me acusa.

MAR. De nada? Falsa muger! Para qué esperaba usted al notario?

LUI. (Lo sabe.) Para ver en qué estado... mis rentas...

MAR. Y... qué se propone usted?

LUI. Mirar por ellas. Diez años que caminan á la ruina.

MAR. Y sabe usted que eso es un ultraje al hombre que las administra?

LUI. No, marques, no quiero ultrajaros. Mi afan es que no se vea un dia mi casa envuelta en la miseria.

MAR. ¿Y no enrojece su rostro de vergüenza, señora mia, una determinacion que va solo encaminada á herir la dignidad del hombre á quien usted debia «adorar» sino por amor al menos por gratitud?

LUI. Por gratitud!

MAR. Qué seria de usted en la sociedad, si mi mano no la hubiera sacado del cieno en que estaba sumida?

LUI. Por Dios, marqués, no me ultraje usted.

MAR. Qué seria de usted sin mi nombre, que ha cubierto las negras manchas de su deshonra?

LUI. Marques, que me está usted asesinando. Calle usted, yo se lo suplico.

MAR. Infame.

LUI. Marques...

MAR. Infame! ¿Y pasa V. el tiempo en hacer obras de caridad, para cubrir las apariencias. Hipócrita! El mundo no la conoce; está V. engañando á la sociedad...

LUI. Marques, deje usted que me retire.

MAR. No, no se retirará usted.

LU.. Suélteme usted, marques, no me haga daño, no me martirice.

MAR. Y el mundo creeria en la virtud de usted cuando un noble os llevaba al altar, cuando ceñia á esa frente el emblema de pureza, la blanca corona de las vírgenes...

LUI. Oh!

MAR. No sabia que habia entre nosotros en aquel momento un abismo sin fin, una prueba de vuestra deshonra, una criatura fruto de su impuro amor con un miserable.

LUI. Por compasion, marques, no ofendais la memoria de los muertos

MAR. Y se atreve V. todavia á rogar por él? Miserable! ¿Qué hace esa flor en vuestro pecho? Esa sencilla rosa blanca se mancha con el contacto de usted, se empaña con su aliento. (*Arrancándosela.*)

LUI. Basta marques, basta de sufrimiento. Ya ha consumido V. la última gota de mi paciencia. No eran bastantes diez años de crueldad, diez años mortales de padecimientos y amargura; haberme casi encarcelado en mi casa, quitado mi patrimonio, destruido mi felicidad, privándome del hombre que adoré, porque usted, usted fue quien le hizo desaparecer; no bastaba haberme quitado á mi hija para encerrarla en un colegio, donde no viera á su madre, donde ni á su madre conocieran; no era suficiente padecer todo esto con la resignacion de una mártir, sin quejarme, para no lastimar su orgullo; sino que era necesario entregar á usted mis riquezas, para que mañana mi hija pida una limosna de puerta en puerta; era preciso maltratarme y que me avergonzara como á la muger mas despreciable!...—Pues bien; todo lo tolero; todo lo sufro; menos privar á mi hija de su bienestar. Máteme usted si quiere; pero no quite usted á mi hija ese pedazo de pan!...

MAR. En buen hora! Haga V. lo que guste. Nombre Vd. un administrador á su capricho! No tema que desde hoy vuelva á poner la mano en sus caudales. Pero tiemble usted, tiemble: la hora de la espiacion se acerca; ha abusado de mi calma y ha vivido poco para hablar en mi daño, mucho para repetirlo.

LUI. Perdon!

MAR. Ni una palabra!

LUI. Se lo pido por....

MAR. ¡Basta! la he dicho: si no calla usted la arranco

LUI. la lengua!...

ESCENA IV.

DICHOS Y EL NOTARIO.

NOT. Qué pasa, marques?

MARQ. (*Haciendo una repentina transicion.*) Hola! señor Notario; nada; un leve mareo que acometió á la marquesa!

NOT. Estará usted destinado á producir mareos á las mugeres?

MARQ. Qué hay de nuevo?

NOT. Ahí tiene usted al preso.

MAR. Condúzcalo usted aquí.

NOT. Voy. (*Váse.*)

MAR. Señora, retírese usted: he buscado á un desgraciado, á un forastero, perseguido inocentemente, para que se encargue de la administracion de sus bienes, y gane en ese empleo su subsistencia. Voy á saber su nombre, á enterarme de su conducta y de su aptitud, para el negocio. Sabrá usted el resultado.

LUI. (¿Para qué me guardarás en el mundo justo Dios?) Ah! (Cárlos!)
(Vá á salir y vé á Cárlos en la puerta del foro).

ESCENA IV.

DICHOS Y CARLOS Y NOTARIO.

CAR. En dónde está esa alma caritativa que se ha apiadado de mis desgracias?

NOT. Ahí tiene usted al hombre que no solo le ha sacado de la cárcel bajo su responsabilidad, sino que vá á encomendarle la administracion de su casa.

CAR. Dios bendiga tan buen corazon! ¿Cómo pagar...? —Qué veo!... *(Conociendo al Marqués.)*

MAR. Qué le pasa á este buen hombre?... Qué tiene?...

NOT. La emocion, Marqués, la emocion.

LUI. (¡Infeliz! Lleva escritos en el rostro sus trabajos y penalidades... ¿De dónde lo has traido, Dios mio?....)

MAR. Quiere usted sentarse?

CAR. (No hay duda! él es!) No, caballero, mis fuerzas se niegan á sostenerme, pero no puedo sentarme, no quiero sentarme en esta casa!

MAR. Y á dónde vá usted?...

CAR. A ahogar mis penas en el fondo del rio, que es mas clemente que mi estrella!...

MAR. Este hombre!...

NOT. Es estraño!...

CAR. *(Al marcharse, fija la vista en Luisa y esclama:)* Ah! Luisa!

MAR. (Eh?) Todo lo comprendo!

LUI. Es este el nuevo administrador? *(Disimulando.)*

MAR. Yo os lo he proporcionado. A mí me lo debeis. Dadle vuestras instrucciones. *(Al notario.)* No me lo perdais de vista. *(Váse por el foro.)*

NOT. (No me gusta mucho este oficio.) Con que, señora marquesa, aquí tiene usted á este infeliz que ayer llegó á esta ciudad, y que anoche lo metieron pre-

so por creerle, en los primeros momentos, complicado en una muerte que se hizo.

LUI. ¿Cómo os llamais?

CAR. Cárlos Gimenez.

NOT. (Diablo!)

LUI. (Tengamos valor!) Sois desgraciado?

CAR. Mucho.

LUI. De dónde venís?

CAR. Hace tres dias llegué á Cádiz, procedente de Filipinas.

NOT. (Echa! echa!...) Ya tenemos al pintor!)

LUI. ¿Dónde habeis nacido?

CAR. En Sevilla.

LUI. Sois pintor!...

NOT. Le conoceis?

LUI. Ay, Notario; no le he de conocer si al entrar me lo dijo el corazon?...

CAR. Yo no conozco á usted, solo quiero ver á una niña...

LUI. (Jesus!)

CAR. Que debe tener diez años, abrazarla, y decirla adios.

LUI. Y á dónde vais?

CAR. ¿Dónde ha de ir, el que sin fuerzas, enfermo, pobre y hasta viejo por los sufrimientos, no tiene casa, esposa, ni una hija que le acompañe, que le haga menos amarga su desgracia? ¿Dónde ha de ir el pintor sin ojos para ver, sin fantasía para crear?...

NOT. (Pobre hombre!)

LUI. Tened en cuenta, Cárlos que hay un Dios en el cielo!

ESCENA V.

DICHOS Y MARQUÉS Y EL COMISARIO. DOS MUNICIPALES A LA PUERTA.

MAR. Un Dios en el cielo! ¡pero.... aquí está la justicia de los hombres!... (*Viendo al comisario.*)

MAR. Conducid á ese hombre á su prision, señor comisario: yo daba mi fianza á favor de otro: fué equivocadamente. Si ese hombre está complicado en el asesinato de anoche, que le castigue la ley.

COMIS. Sígame usted!

LUI. ¡Por Dios, señor comisario, tenga usted compasion de ese infeliz!

COMIS. No puedo!

LUI. Todas mis riquezas, marqués, son de usted; pero interponga su mediacion.

MAR. (¡Calle usted!)

LUI. ¿Hasta cuándo he de ser desgraciada?

CAR. Desgraciada! usted desgraciada? Hasta este momento. Señor comisario, cumplid vuestro deber. Llevadme á la cárcel! pero antes, tomad.

NOT. (Esto me gusta!)

CARL. Examinad ese pagaré del Marqués á Mala-cara, escrito ayer en el Barranco: recordad los quinientos duros en papel que se han encontrado entre la ropa de la víctima de anoche, y reconoced en el señor, al autor de un crímen no perpetrado por un secreto de la Providencia. Marquesa, ya está usted libre de su verdugo! Vamos ahora á mi prision, señor comisario!

MAR. Maldicion!

NOT. Me alegro!

COMIS Señor marqués, sígame usted.

CAR. Adios, Marquesa! rogad á Dios por mí!

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO TERCERO.

LA PRISION.—El teatro está dividido por el medio.—Representa ser la izquierda del actor, calabozo distinguido de Cárlos, en el cual habrá caballete con lienzo, paleta, pinceles, cuadros, etc.—La derecha es cárcel comun de hombres, á quienes se está sustanciando causa criminal.

ESCENA I.

EL MANCO Y PAMPLI.—DESPUES CANINO.

PAMP. Dos meses que me estás diciendo lo mismo.

MANCO. Cabalito! No es una «lacha» que por una carguita de contrabando que nos pillaron, estemos aquí confundidos entre esta gente? Miá tú, ¡el Canino! Matar al señor Mala-Cara por detrás! Pues y el nene del marqués...?

PAMP. Al marqués le daba yo garrote de limosna.

MANCO. Pues ese quizá salga á la calle antes que nosotros.

PAMP. Creo que no: desde que se hizo la Revolucion en Alcolea, le vino la mala. Mira si su causa no la han tenido dos años sin concluir. ¿Por qué? Porque le querian sacar el dinero que le quedaba, para echarle despues á presidio.

MANCO. Cierto; y no tardaremos en saber su suerte. Lo mismo á él que á Canino y al pintor, los han llamado para leerles la sentencia.

PAMP. Hombre! Al pintor es á quien no veo. ¿Dónde está?

MANCO. Como es un sugeto de tanto talento y tan desgraciado, y además pintó el retrato del alcaide, le han puesto en otro calabozo, solo, para que pinte y nadie le incomode.

CANIN. (*Saliendo.*) ¡Conque, amigos, ya me han leido la sentencia. Ya estoy libre!

MANCO. Libre?

CANIN. Libre, con diez años de presidio.

MANCO. Diez años?

PAMP. Y vas á estar todo ese tiempo arrastrando la cadena, tú, que te has escapado tantas veces?

CANIN. ¡Ay, qué salero! Me parece que á mi no me pelan

á lo quinto ni me visten el uniforme de marras.

MANCO. Qué intentas?

PAMPL. Se puede saber?

CANIN. Se puede, si tomais parte en la fuga que preparo.

MANCO. Yo no: le tengo asco á las carabinas de los civiles desde que matan á todo el que escapa.

CANIN. Será girdamon...? Pampli, quieres seguirme?

PAMP. Cuanto mas pronto, mejor.

MANCO. Baja la voz, que viene el marqués.

ESCENA II.

DICHOS Y EL MARQUÉS.

MAR. (No hay esperanza!)

CANIN. Este gachó va tambien á presidio... ¡Mala geta trae!

MAR. (Despues de dos años, dos años que he alimentado la ilusion de corromper á mis jueces, de alcanzar la libertad...)

CANIN. Compare, no lo dije?

MAR. ¡Un marqués á presidio...!

CANIN. Para muchos años?

MAR. Para cuatro.

CANIN. ¡Ole! Ya tengo un compañero.

MAR. ¡Oh, no, no lo seré, aunque para ello sea necesario pegarme un tiro!

CANIN. Señor marqués, déjese usted de pamplinas.

MAR. ¿Quién habia de decirme que tendria este fin mi causa?

CANIN. Cualquiera. Desde la revolucion, que yo lo dije...

MAR. Un hombre de mi linaje á presidio!

CANIN. Si se ven unas cosas... Lo malo es que la gente de usted, tarde le podrá ayudar.

MAR. (La rabia me ahoga. Si pudiera sobornar á mis carceleros... Imposible! Han agotado hasta el último céntimo que me quedaba... y...)

CANIN. ¿Quiere usted venirse conmigo?

MAR. Contigo... Adónde?

CANIN. Será infeliz...! Que si quiere usted entrar en una fuga que con mucho pesqui preparo?

MAR. No quiero esponerme...

CANIN. Mejor; pues lo que es yo no voy á presidio. Pampli, vamos á beber una copa de caramanchel, y á arreglar el negocio. ¿Vienes tú?

MANCO. Hombre, yo no me atrevo.

PAMP. Anda, vente.

MANCO. Ya verás que perdemos mas que ganamos. *(Marchándose todos, menos el marqués.)*

MAR. La cólera y el despecho van á acabar conmigo, antes que lo haga la cadena vil del presidario... No me queda ningun recurso, ningun camino veo abierto ante mis ojos que no me conduzca à ese denigrante y miserable encierro... cuya condena empieza hoy. Y pensar que lo debo todo á mi esposa, á ese pintor, que en mal hora no le tragó la tierra... ¡Ah! si algun dia pudiera evitar mi prision... burlar mis carceleros... si tuviera valor para escaparme... ¡ira de Dios! mi venganza seria mayor que mis sufrimientos!

ESCENA III.

DICHO Y EL NOTARIO.—*(Todas las salidas de este departamento de la cárcel son por la única puerta que habrá en el fondo derecha del actor.)*

NOT. Aquí me tiene usted, amiguito.

MAR. Hola! querido notario. ¿Qué vientos le traen á usted por aqui?

NOT. ¿Qué vientos...? Buenos y malos.

MAR. ¿Qué tal va de salud?

NOT. Así .. así .. Desde que á usted le dieron la broma de meterle aquí, francamente estoy algo enfermo.

MAR. De qué? *(Irónicamente.)*

NOT. No, no es de la cabeza: no es la enfermedad que usted padecia. Es otra cosa... es... así... cual si me doliera la conciencia.

MAR. ¿Tiene usted conciencia, señor notario...? Yo que creia que ustedes no tenian eso...!

NOT. Tambien yo lo creia. Pero ahí verá usted; me he convencido de que no era así, desde que he sabido los diez años de tormento que dió usted á su esposa.

MAR. No me nombre usted á esa muger...!

NOT. Pues amigo mio, no tengo otro remedio. Desgraciadamente vengo á participar á usted una disposicion del juzgado en la que se accede á lo pedido por esa buena señora, la cual no le ha de hacer á usted maldita la gracia.

MAR. No quiero saber de ella una palabra

NOT. Ella es quien no quiere saber nada de usted. Vea sinó este documentito en el que solo falta la firma de usted. *(Entregándole un papel.)*

NOT. *(Leyéndolo.)* El divorcio...!—Muger infame!

NOT. Diré á usted: en cuanto á infame tendríamos que hablar mucho. Pero tocante á divorcio, sí, lo es, mal que le pese á usted.

MAR. ¿Y si no quisiese yo firmar?

NOT. Ha perdido usted ya los papeles, señor marqués.

MAR. Eso me dice usted?

NOT. Eso. Los papeles de usted, son papeles mojados. La demanda de divorcio es justa, y no ha habido mas remedio que acceder.

MAR. ¿Qué desea esa muger? (*Con ira reconcentrada.*)

NOT. Decirle à ústed, «abur!» y nada mas.

MAR. Algun dia, juro á usted, la dire yo eso mismo...

NOT. Dificilillo será. Usted era antes temido, cuando tenia mucho dinero, cuando sus amigos disponian del poder y estaba siempre rodeado de esa canalla que lo mismo le servia á usted por un puñado de escudos, que al gobierno, en la policía secreta. Pero amigo mio, estos son otros tiempos...! Desde que usted está á la sombra, la política ha variado á la sociedad española. Lo que es ahora hay que irse con tiento. El que resbala, corre peligro de dar con una bala cónica de los guardias civiles.

MAR. Qué me importa caer herido por una nube de balas, la afrentosa pena del garrote vil, si logro mi deseo, si bebo la sangre de esa muger, cuya sed me ahoga, si me deleito una vez mas en atormentarla?

NOT. Señor marqués, yo creia que era usted simplemente un hombre malo. Ahora me convenzo de que es usted una fiera!

MAR. (Ah!) Eso me dice usted, señor notario...?

NOT. Eso le digo, porque es usted incorregible. Porque pertenece á esa casta de alma ruin, que escudada en la clase elevada á que pertenece, cree buenos y santos todos sus crímenes. ¿Ve usted el apego que tengo al dinero? Pues si despues que he sabido lo que usted ha hecho con su esposa, me hubiera usted propuesto un negocio, lo hubiera rehusado, aunque hubiera sabido ganar en el el oro del mundo...! Y ahora vamos á firmar... ahí fuera .. en un momento... porque... (me avergüenzo de estar al lado de este hombre.)

MAR. Vamos. (Una hora, una hora de libertad, y será completa mi venganza.) (*Vanse.*)

(*La puerta del departamento de la izquierda se abre, y entran* CARLOS *y el* ALCAIDE.—*En el de la derecha no ha quedado nadie.*)

CARL. Ay, señor alcaide, déje usted que le abrace. Le debo tanto...!

ALCAI. Vamos, no se aflija usted.

CARL. No, amigo mio: lloro de alegria, de felicidad, de gratitud... Libre! Si me parece que es un sueño; si hasta creo que respiro con mas libertad.

ALCAI. Por fin, yo le doy mi enhorabuena. Que sea yo el primero en dársela.

CARL. Ay, amigo! usted me trae con sus palabras pensamientos tristes. ¡El primero en darme la enhorabuena...! ¿Hay álguien en el mundo que se acuerde de dármela despues de usted? Yo creo que usted será el primero y el ultimo...

ALCAI. Tal vez no... (*Marcando mucho estas palabras.*)

CARL. Imposible.

ALCAI. Tal vez haya habido ya alguna persona que se haya interesado por usted, recomendándome el silencio mas profundo...

CARL. (Qué idea!) Hable usted, hable usted.

ALCAI. Tal vez haya habido alguna muger que supiera antes que yo que seria usted hoy libre. Quién sabe si esa muger habrá llorado abrazando á una muchacha de doce años, á quien llamaba hija, y que tenia por cierto la misma cara de usted... ?

CARL. Bendito sea el Todo-Poderoso...! Con que Luisa...

ALCAI. Justo! Ese es el nombre de una señora muy elegante que casi diariamente desde que está usted preso, ha enviado un criado á saber de su salud.

CARL. Pobre Luisa...! La misma; la misma que adoré en mi juventud: el mismo bello corazon que la distinguia, la misma alma pura que inspiraba mis obras! ¿Creerá usted, amigo mio, que me siento con ganas de pintar, y de pintar la magnificencia de Dios, si fuera posible, su grandeza, su justicia...? ¿Creerá usted, que veo en este momento, á través de mi fantasía, las dulces inesplicables tintas de los cuadros de Murillo, y el dibujo correcto del gran Velazquez...? Ay, amigo mio! un pincel, un pincel, que me vuelvo loco de felicidad...!

ALCAI. (*Dándoselo.*) Tome usted; á pintar... Pero con una condicion: ese cuadro me pertenece. Que sea el recuerdo de nuestra amistad.

CARL. Sea: ¿qué podria yo negar á usted?

ALCAI. Dentro de poco me darán órden de abrirle las puertas de esta prision Si no ha concluido usted el cuadro, me basta un boceto; una línea sola indicará los lazos de afecto que nos unen.

CARL. Corriente. Déjeme usted solo; á ver si trasmito á

ese lienzo lo que arde en mi frente.

ALCAL. Hasta luego. (*Váse.—Cárlos pónese á pintar.*

CARL. Llegó la nueva aurora de mi felicidad. Podré al menos ver à mi hija, abrazarla, y llorar de placer al lado de Luisa; llamarla hermana, ya que no puede ser esposa mia. (*Continúa pintando.*)

ESCENA IV.

MARQUÉS, PAMPLI Y EL MANCO, *por la derecha.—Poco despues* CANINO *con dos panes dentro de los cuales hay escondidos un puñal tres navajas y un gancho con una cuerda.*

MAR. Dónde está Canino?

PAMPL. Arreglando el negocio de «buten.»

MAR. Quiero hablarle.

PAMP. Es usté por fin de la partia?

MAR. Si: ¿cuàndo es la fuga?

PAMP. Eso... aquí viene Canino y nos lo dirá.

CANIN. (*Saliendo.*) Compare, ya estamos al «reló »

PAMP. Miá lo que dice el Marqués.

CANIN. ¿Qué quié usté?

MAR. Ser uno de vosotros.

CANIN. Cuánto vamos ganando?

MAR. No tengo mucho dinero que daros.

CANIN. Pues entonces...

MAR. Pero...

CANIN. Cada uno de nosotros se sabe defender muy bien, y largar una puñalà al lucero del alba...! Si usted viene, hay que echarlo delante y defenderlo si acaso nos sorprenden; porque como usted no sirve para estos belenes...! En fin, hay que pagar la convidá, por lo menos.

MAR. No tan solamente la pago, sino que propongo un negocio que nos ha de dar dinero suficiente para burlar á la justicia, y vivir en el estranjero.

MANCO. A ver?

PAMP. A ver?

CANIN. Diga usted.

MAR. Yo estoy perdido....

CANI. ¿Tan ganados estamos nosotros...?

MAR. La que era mi casa, hoy no es. Mis bienes, mis riquezas, han pasado á manos de mi esposa. Ella tiene una hija...! Se la secuestra, y bajo un anónimo se la piden veinte mil duros. No tiene otra hija, ni, por consiguiente, mas remedio que depo-

sitar el dinero donde le digamos.

CANIN. Pero el «chorarla» es lo difícil. No veo el modo.

MAR. Así que hayamos escapado de aquí, tomamos informes del sitio en que se encuentra esa niña. Si en el colegio, se busca un ardid para sacarla; si la tiene su madre en casa, se aguarda una ocasion á que salga de ella, y la arrebatamos con una estratagema, aunque sea necesario para ello sobornar a la criada que la acompañe...

CANIN. De eso me encargo yo.

MAR. Y si estan en el campo, nos fingimos trábajadores, y el secuestro es mas fácil y menos espuesto...!

MANCO. Bien por el marques...!

PAMPL. «Baroil»

CANIN. Pues aquí tenemos el avío...!

MAR. Que es eso...?

CANI. La cuerda, el gancho y las herramientas. *(Por los panes, donde estan escondidas.)*

MAR. Vamos a verlo.—*Agrupanse todos al rededor de Canino, que se sienta en el suelo, y poniendo entre sus piernas los panes, empieza por abrirlos y sigue haciendo lo que el dialogo indica.—Dése el interés posible a esta escena, de la cual depende el final del acto.)*

ESCENA V.

DICHOS, *en la prision de la derecha.*—CARLOS *y el* ALCAIDE, *(que trae una carta), en la de la izquierda.*

ALCAI. Cárlos abráceme usted! Ya tengo la órden de ponerle en libertad.

CARL. Gracias á Dios!

CANI. Pampli, ponte á la puerta y «guipa» si viene álguien. *(Así lo hace.)*

PAMPL. Voy.

ALCAI. Y de parte de esa señora que tanto interés se ha tomado por usted, me han dado esta carta.

CARL. Gracias, amigo. ¡Carta de Luisa...! Hace doce años que no veo su letra. Déjeme usted que la bese.

ALCAI. Por qué no? Y léala usted tambien. Ahí fuera le espero para darle el abrazo de despedida. *(Váse.)*

CARL. ¡No sé qué alegria tan dulce esperimento, que me hace temblar de gozo! ¡Dios mio, dáme fuerzas para disfrutar tanta felicidad!

CANI. La cuerda para asaltar la tapia.—Veamos si es tan larga como la necesito. *(La mide con el brazo.*

CARL. (*Leyendo.*) «Cárlos, amigo mio: No la amante, no la niña que nació al amor en tus brazos, es la que hoy te escribe estos renglones. Con el alma lacerada, con el corazon oprimido por la angustia que ha derramado en tu pecho, llega hoy á tus plantas una desgraciada muger, á pedirte perdon.» (*Declamando.*) Ah!

CANI. (*Despues de medirla.*) «Al pelo.» Veamos ahora... (*Comienza a abrir el otro pan que contiene las tres navajas y el puñal.*)

CARL. »No quiere recordarte para ello, aquellos tiempos de ventura y de cariño que pasaron... que pasaron, ¡ay, Dios! para no volver jamás...!

CANI. ¿Viene alguno? (*Interrumpiendo la faena.*)

PAMPL. No (*Desde la puerta y a media voz*)

CAR. »No quiere justificarse a tus ojos, si es posible, del daño que te ha causado, uniéndose al verdugo de tu dicha y la suya.—Habia muerto su padre; la noticia de tu muerte llegó á sus oidos, y penetraron en su casa los jueces á hacer las indagaciones. ¡La infeliz creyó cierta tu desgracia..! Habia en el mundo una niña sin nombre, y una muger deshonrada, y caia en aquel momento sobre ellas la infamia y la vergüenza..

CANI. (*Retiran lo los panes.*) El gancho, las navajas. Atemos este gancho á la cuerda.

CARL. »Un hombre, por el vil interés de gozar sus riquezas, se prestó á dar su mano á la muger deshonrada, y su nombre á la hija que no tenia padre ni nombre. La madre comprendió entonces todo lo triste, todo lo horrible de su situacion; comprendió el abismo que iba á separarla de la felicidad... todo lo vió...! Pero mirándose en la hija de sus entrañas, no tuvo mas remedio que aceptar el sacrificio. ¡Dió su mano al marqués! La sociedad calló la lengua mordaz que hacia pedazos una honra: pero Luisa, la madre infeliz, empezó su martirio!

CANI. Tomad. Una por barba. (*Repartiendo el puñal al marqués y una navaja á cada uno.*

CAR. »No te dirá esa muger lo que ha sufrido: escrito lo lleva en el rostro; pero todos estos sufrimientos eran dulces comparados con tu recuerdo...—¿Qué mas ha de decirte esta pobre muger...? Lo demás lo sabes todo.

CANI. Para no llamar la atencion, salid vosotros dos y situáos bajo de la tapia; si hay algun inconveniente, avisad. (*Vánse Pampli y el Manco.*)

CAR. »El divorcio ha tenido que completar el escandalo.

Para evitar preguntas y miradas de la curiosidad, ha tenido que renunciar la ciudad y retirarse á su hacienda de San Antonio, tres leguas de la capital. Hoy, que vas á salir de tu prision, te brinda á dar un abrazo á tu hija, la que ya no puede ser mas que tu hermana.—Luisa.» (*Declamando.*) ¡Y pensaba que no tendrian fin mis penas...!

MANCO. (*Saliendo.*) Ahora ó nunca!

CANI. Corriente. Vaya á presidio el que no me siga!

MAR. Vamos. (Llegó la hora de mi venganza!) (*Vánse todos.*)

CAR. (*Cogiendo el sombrero.*) Voy á verlas! Voy á abrazar á mi hija! Bendito Dios que lo permite...! (*Váse.*)

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

Sa'a decentemente amueblada de una casa de campo. —Puertas laterales y al fondo. Esta con cerrojo practicable.—Balcon ó ventana practicable en la izquierda segundo término.

ESCENA I.

Luisa, sola.—Despues Juan.

Lui. ¡Qué tarde mas hermosa! ¡Verdad que estas horas en el campo son deliciosas! ¡No sé cómo hay gentes á quienes no gusta esta vida! Para mi no hay otro placer en el mundo comparable á ver la naturaleza, sencilla y desnuda, como Dios la creó en estas horas del crepúsculo y en las que la aurora, tiñendo el espacio con las luces del dia, anuncia la magestad del sol. Aquí brota la alegría entre las flores, aquí mi querida hija corre placentera por los campos, como la incansable mariposa. ¡Dios haga que venga Cárlos, y podrá disfrutar, al menos un dia de este panorama, y abrazar á la hija que ni aun conoce, y por quien tantas lágrimas ha derramado! Pero álguien llega. ..

Juan. (*Entrando.*) Señora, acaba de llegar de Sevilla el notario, y pide licencia para entrar.

Lui. ¿El notario ha venido? Díle que pase. (*Váse Juan.*) Veamos que noticias trae de la ciudad.

ESCENA II.

Dicha y el Notario.

Not. A los piés de usted, señora marquesa! Está Vd. buena? ¿Qué tal la vida del campo?

Lui. Muy bien, señor notario; esta soledad me es muy grata, y el campo, por lo saludable y por lo nuevo. es muy apropósito para mi hija.

Not. Me alegro en el alma!

LUI. Y á qué debemos la honra de verle á usted por aquí?

NOT. Voy á decírselo á usted. En primer lugar, vengo á traerle la noticia oficial de que el asunto del divorcio ha terminado. Aquí lo tiene usted.

LUI. Doy á usted mil gracias. *(Tomándolo.)*

NOT. Y en segundo, á darle una noticia, que si no es muy grato para mi decírsela, me lo aconseja la prudencia, sin embargo.

LUI. Qué pasa, señor notario?

NOT. No se alarme usted!

LUI. Estoy tan acostumbrada á sufrir, que me parece que todavia me queda que llorar. . ¡Pero, no, no quiero ofender á Dios...!

NOT. Hoy no hay motivo para tanto, señora. Lo que voy á decirla, es puramente una oficiosidad; un consejo que voy á darla, cuyo derecho me abrogo en gracia de la respetuosa amistad que profeso á usted.

LUI. Muchas gracias.

NOT. Ayer tarde, cuando fuí á la cárcel, á ver al marques con el objeto de que firmára el divorcio, procuré nombrarla á usted lo menos posible para que no le fuera doloroso y causa de denuestos injustificados.

LUI. ¡Que Dios se los perdone como yo se los he perdonado!

NOT. Pero le hallé todavía en un estado igual al que, libre, le dominaba. Es decir, en ese temperamento cruel, propio del hombre que discurre, que maquina, y que maquina alguna cosa «non santa!» Es el mismo hombre con los mismos pecados, como dice el adagio. Brilla en sus ojos todavía ese siniestro presagio de una venganza cruel!

LUI. ¡Vírgen Santísima...!

NOT. Nada, nada, no hay que apurarse, que por ahora está enjaulada la fiera. Pero es necesario, que tome usted precauciones, por si ese hombre pretendiera dar oidos á su rencor...! Usted sabe que á su alrededor hay criminales, que salen y entran en la cárcel y á quienes pudiera acaso encomendar algun crímen, que él no puede ejecutar, porque ya á estas horas debe estar en presidio. Las casas en despoblado son mas fáciles de asaltar por bandidos.. y...

LUI. Y cree usted que sería mejor que me trasladára á la ciudad?

NOT. Efectivamente. Los secuestros están á la órden del

dia, y tendria muy poca gracia que aquí sucediera alguno de ellos!

LUI. Me da usted miedo, señor notario. Ya siento haber dejado salir á mi hija de paseo por estos alrededores.

NOT. Tranquilícese usted: por este alrededor tiene usted muchos trabajadores, y además mi consejo no es precisamente para el momento, sino para lo sucesivo.

LUI. Sí; pero...

NOT. Además; como soy hombre prevenido, he suplicado á dos parejas de civiles que van buscando por estos contornos un malhechor, que tengan la bondad de venir acompañándonos á Sevilla, dado el caso de que allá usted quisiera trasladarse.

LUI. Sí, sí, señor notario. Muy bien pensado! ¡cuánto se lo agradezco á usted!

NOT. Usted no tiene que agradecerme nada. ¡Bastante, sin conocerlo, he conspirado contra usted!—Pues, señor, los civiles iban á disfrazarse en aquel momento para el asunto del malhechor; pero me han dicho que darian una vuelta por aquí, para el caso probable de que usted quisiera ir á Sevilla, como hemos dicho.

LUI. Pues bien; ahora daré órden para arreglar el corto equipaje que aquí tengo, y nos marcharemos.—Juan...

JUAN. (*Saliendo.*) Señora!

LUI. Que busque uno de los criados á mi hija, y preparad vosotros el equipaje, que vamos á marcharnos dentro de dos horas. Mientras comerá usted con nosotros, señor notario.

NOT. No me vendrá mal! Porque el traqueteo del carruaje me ha abierto el apetito!

LUI. (*Mirando por el balcon.*) Ahí vienen cuatro hombres armados... Señor notario, ¿serán...?

NOT. Efectivamente; el de la derecha, de la primera pareja, es el cabo de los civiles.

LUI. Pues vaya, vaya usted á invitarlos á descansar y á ver si quieren comer con nosotros.

NOT. Al momento. (*Vase.*)

LUI. No sé por qué temo todavía á ese hombre. Hace dos años que no le veo, y sin embargo, aun me parece que ha de venir á turbar mi felicidad... Pobre padre mio! Qué poco sabias lo que me deparabas cuando intentaste unirme al marqués...! ¡Qué cúmulo de desgracias se agolparon á mi matrimonio! Desde que le conocí, no he disfrutado una ho-

ra serena de paz y ventura!

JUAN. Señora: Perico, que fué á buscar la señorita, no la encuentra por los sitios que ella acostumbra á pasear, y en su lugar dió con un hombre mal encarado, que le ha dado esta carta para usted.

LUI. ¡Ay, Dios mio!—Dáme. (*Tomando la carta.*) =Qué la busquen inmediatamente; todos, todos los criados. Marchad por diferentes sitios, y traedla, cuando la encontreis. (*Váse Juan.*) Bien me lo anunciaba el corazon! ¿Qué dirá este papel, Vírgen Santísima? No tengo bastantes fuerzas para abrirlo. (*Leyendo.*) «Acabamos de robar á su hija... »Qué? Dios mio...! no puedo leer...! Cierta es mi desgracia...! (*Llamando.*) Señor notario! Juan! Perico!—Pero á qué llamar á los criados, si habrán salido en su busca...?=Señor notario...!

NOT. (*Saliendo.*) Aquí me tiene usted. ¿Adónde han ido tan de prisa los criados?

LUI. Ay, señor notario, que es cierta mi desgracia...!

NOT. Qué pasa?

LUI. ¡Acaban de robar á mi hija.

NOT. Cómo...?

LUI. Así me lo dicen en este papel...

NOT. No puede ser. (*Tomando el papel á Luisa.*)

LUI. Ay, que es cierto mi infortunio! Lea usted, que yo

LUI. no he tenido fuerzas para ello.

NOT. (*Leyendo.*) «Acabamos de robar á su hija, señora marquesa...» (*Declamando.*) ¡Infames!

LUI. ¡Dios mio! Pobre hija mia!

NOT. »Y la tenemos guardada en un escondido sitio escogido de antemano. No tema usted por ella, pues se la tratará bien durante las veinte y cuatro horas que damos á usted de plazo para depositar veinte mil duros, en el sitio llamado Buenaguía, á quince pasos del puente de madera. Si pasadas las veinte y cuatro horas, no hemos encontrado la suma en ese sitio, no respondemos de su hija, y guárdese usted de caer en nuestras manos porque correrá la misma suerte. Pasado el plazo, y teniendo el dinero en nuestro poder, se dejará en libertad á su hija. La delacion, además de ser infructuosa, podria ocasionar la muerte de la niña, si nos viéramos perseguidos. Se lo avisamos á usted.»— Infames! Ahora verá usted cómo dan con ellos los civiles que acaban de marcharse. Todavia los encontraré... (*Queriendo marcharse.*)

No, señor notario, no: podrian asesinarla los malvados: quiero mejor darles el dinero.

NOT. No tema usted, señora, eso lo dicen para infundir miedo, y hacerse mas fácilmente con el rescate.

LUI. Por Dios, notario; no los llame usted. ¿Qué valen veinte mil duros comparados con la vida de mi hija? ¿Qué digo con la vida... con la idea de verla en manos de malhechores...? No, señor notario; es preciso que vaya usted inmediatamente à Sevilla, que vea á mi administrador, que le diga mi situacion y me traiga esos veinte mil duros...

NOT. Pero, señora...

LUI. No descanso, no sosiego hasta que vea á mi querida hija en mis brazos.

NOT. Pero. señora, si no está prevenido el carruaje... si el caballo está descansando... Si los criados de usted han salido todos... Espere usted que vengan.

LUI. Ay qué desdichada soy!

NOT. En fin, señora, ¿qué quiere usted, que me vaya en seguida...?

LUI. Si señor. No sabe usted cuánto le deberé!

NOT. Pero como no soy muy andarin, habrá que preparar el carruaje, y habrá que sacar el caballo de la cuadra y habrá que...

LUI. Por Dios, notario...

NOT. En fin, yo haré de calesero, yo haré de postillon, yo lo haré todo, con tal de que esté usted contenta.

LUI. Pero aprisa.

NOT. ¿Aprisa? Ahora verá usted. ¡Arre, coronela! (*Váse.*)

LUI. Ay, hija mia de mi alma! qué pronto empiezas á padecer...! Y esos criminales estarán gozándose en tu dolor... Quizá se mofarán de tu pena... ¿Y tu madre, no puede estar á tu lado para enjugarte las lágrimas... ¿Dónde la tendrán? ¿Qué harán en este momento de la hija de mis entrañas? Vírgen de los Dolores... ten compasion de esta madre infeliz... (*Pausa.=El marqués, por el balcon. Ent a y cierra la puerta del foro con el cerrojo.*)

MAR. Esta es la ocasion. Los criados han salido en busca de la niña: la casa está sola, desierta. Ahí está: cómo me halagan esas lágrimas de dolor... Todavía es poco; todavía he de hacerte apurar convertido en veneno, el despecho que he alimentado en los dos años de prision.

LUI. No vienen... no vienen... Pobre Elena mia... Y estos criados si no la encuentran, ¿por qué no vuelven á consolar mi afliccion?

MAR. (*Acercándose.*) Porque con su ausencia favorecen mis proyectos.

LUI. Ah...! (*Muda de terror.*)

MAR. ¿Me conoceis?

LUI. Marqués... (*Balbucеando.*)

MAR. Vuestro esposo.

LUI. El divorcio me separa de vos. Retiraos, señor marqués, os lo pido en el nombre de Dios.

MAR. En el nombre de Dios...., Miserable. ¿Para qué esa palabra siempre en vuestra boca, si no es más que la espresion de una refinada hipocresía?

LUI. ¿Qué quereis, marqués? Pedidme lo que querais, pero no me ultrajeis. Si deseais mis riquezas, todas son vuestras; yo os las daré todas, pero huid: dentro de poco, seria tarde: vendrian mis criados, y seríais perdido: yo os aconsejo que os retireis,..

MAR. ¡Retirarme! Sabeis cuánto tiempo, con cuanta ansia esperaba este momento? ¿Sabeis los obstáculos que he tenido que salvar para llegar hasta aquí..? Yo os los diré. Preso, en la cárcel de Sevilla, he tenido que asociarme á unos compañeros de prision en su fuga proyectada. He tenido que escalar aquellas paredes con ayuda de una cuerda, vigilando el momento opurtuno para huir sin encontrarme con el fusil del centinela. He necesitado ocultarme de las miradas de todos, y pasar una noche de zozobra metido entre zarzales, para escapar á mis perseguidores. He asechado á vuestra hija...!

LUI. Vos,..!

MAR. Yo! Mis compañeros la tienen guardada, y no la soltarán hasta que reciban la suma que os piden. Convencido que estábais sola, he asaltado esta ventana, fácilmente esponiéndome á ser visto por el notario que estaba en el pátio de la casa. Y cuando, á través de tantos inconvenientes he dado fin á mis propósitos, cuando he logrado realizar el fin que anhelaba con tanto afan, ¿creeis que vaya á huir de esta casa, á retirarme de vuestra presencia? No, no lo creais, señora. Mi venganza esperaba este dia, como el agua espera el sediento. La suerte me ha protegido! Mientras mis compañeros amagan con su puñal la vida de vuestra hija, creyendo, imbéciles, que vuestro dinero llegará á sus manos, yo cortaré los hilos de la vuestra, y será mi triunfo mayor, mayor mi gozo, puesto que vuestra muerte es precursora de la de vuestra hija,

LUI. Marqués, un momento. Salvad á mi hija, aunque me mateis á mí. Yo os daré mis riquezas, y mo-

riré contenta, con la esperanza de que mi hija se salve.

MAR. Todo es en vano. Ha llegado el momento de mi venganza.

LUI. Dios eterno.

MAR. Llámale, llama á tus criados, llama á Cárlos, que está guardado por las gruesas puertas de su prision. Llama á ese pintor que tambien morirá á mis manos.

LUI. La vida de mi hija, marqués, la vida de mi hija.

MAR. No, es tarde: mi orgullo herido y castigado, levanta hoy la cabeza, para confundiros. Dos años de prision han llenado de rabia la copa del rencor que os profesaba, y vais à morir, vais à morir á mis manos, no de un golpe, que acabe vuestro sufrir, sino de una manera horrible y cruel.... espantosa espiacion de vuestra vida.

LUI. Por piedad...

MAR. Encomendáos á Dios, á ese Dios que tanto llamais.

LUI. Blasfemo! (*Ruido dentro*) Oyes? Mis criados llegan.

MAR. Tarde para salvarte. La puerta está cerrada.

LUI. Dios mio.

NOT. (*Dentro.*) Señora marquesa; abra usted ya tenemos á Elena, ya tenemos á su hija. El marqués está en esta casa; y los guardias le acehan.

MAR. Tarde lo habeis sabido, (*Sacando un puñal y acometiendo á Luisa.*)

LUI. Socorro... Socorro... (*Huyendo por la escena.*)

MAR. Miserable (*Persiguiéndola.=Luisa, huyendo, dá la vuelta por delante del balcon, y el marqués detrás, que sorprendido por la voz de* «Atrás» *del cabo de los civiles, el cual asoma apuntando con su carabina, vuelve la cara, y cae muerto de un tiro que el cabo le dispara.—Este baja en seguida del balcon, y descorriendo el cerrojo, de la puerta del foro, dá entrada al Notario, primero, y despues á Cárlos, su hija, criados, civiles etc.*)

CABO. Atras

MAR. Qué? Ah.

LUI. Justo Dios.

NOT. Qué ha pasado?—El marqués... (*Viéndolo cadáver.*) Castigo del cielo

LUI. Pero y mi hija señor notario?

CARL. Aquí está, aquí está mi hija

LUI. Carlos de mi alma, hija de mi vida (*Abrazándolos.*) Bendito sea Dios... (*Cuadro.*)

FIN DE LA OBRA.



